

SAN AGUSTÍN DE HIPONA SOBRE LA CANTIDAD DEL ALMA Un libro. (C)

ADVERTENCIA SOBRE EL SIGUIENTE LIBRO SOBRE LA CANTIDAD DEL ALMA.

San Agustín mantuvo un diálogo sobre la Cantidad del Alma con Evodio, como él mismo revela en la carta número ciento sesenta y dos, respondiendo nuevamente a Evodio algunas preguntas sobre el alma con estas palabras: Si relees aquellos escritos... que redacté mientras conversabas conmigo, ya sea sobre la Cantidad del Alma o sobre el Libre Albedrío, encontrarás cómo resolver tus dudas, incluso sin mi ayuda (Epist. 162, n. 2). Al examinar esos lugares donde las ediciones con algunos manuscritos no muy antiguos presentan los nombres de Agustín y Adeodato como interlocutores, no encontramos en los códices antiguos más que ciertos caracteres inciertos intercalados para indicar preguntas y respuestas. Por lo tanto, el nombre de Adeodato debió ser eliminado: en efecto, en el tiempo en que se llevó a cabo este diálogo, Adeodato apenas había alcanzado la adolescencia; pero quien dialoga con Agustín se declara joven, cap. 24, n. 46.

Sin embargo, se consideró que esta obra no debía moverse del lugar que ha ocupado hasta ahora en las ediciones, en las que sigue inmediatamente al libro sobre la Inmortalidad del Alma. San Agustín testifica en el primer libro de las Retracciones, capítulo séptimo, que ya bautizado, cuando estaba en Roma, escribió los libros sobre las costumbres de la Iglesia católica y sobre las Costumbres de los Maniqueos; luego, en el siguiente capítulo, menciona que tuvo este diálogo en la misma ciudad; posteriormente, enumera los libros sobre el Libre Albedrío, también comenzados allí: y por eso situamos este diálogo hacia el inicio del año 388 d.C. Pues, habiendo llegado Agustín a Roma el año anterior, pasó también gran parte del año siguiente allí, y durante ese tiempo escribió los libros mencionados.

[DIÁLOGO SOBRE EL ALMA.]

En este diálogo, se proponen a Agustín seis preguntas sobre el alma por parte del interlocutor; de las cuales la tercera, a saber, Cuál es la cantidad del alma, se trata más profundamente distinguiendo primero dos tipos de cantidad, una referida a la magnitud y el espacio, y otra a la potencia y virtud: la primera, propia del cuerpo, se excluye del alma, que es completamente incorpórea, mientras que la segunda se encuentra en ella. Luego asigna siete grados de esta magnitud, a los cuales remite todo lo que el alma humana puede hacer, ya sea en el cuerpo, en sí misma, o finalmente en Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.---Evodius propone seis preguntas sobre el alma. De dónde proviene el alma. La patria del alma es Dios. La sustancia del alma es propia y simple.

1. E. Dado que veo que tienes tiempo libre, te ruego que me respondas sobre lo que me inquieta, no, creo, de manera inoportuna o incongruente. Pues a menudo, cuando te he preguntado muchas cosas, no sé por qué pensaste que debía ser disuadido por aquella sentencia griega que nos prohíbe investigar lo que está por encima de nosotros: ahora bien, no creo que nosotros mismos estemos por encima de nosotros. Por lo tanto, cuando pregunto sobre el alma, no soy digno de escuchar: ¿Qué nos importa lo que está por encima de nosotros? sino tal vez digno de escuchar, qué somos nosotros. A. Enumera brevemente lo que deseas escuchar sobre el alma. E. Lo haré: pues estas preguntas las tengo preparadas desde hace tiempo. Pregunto, entonces, de dónde proviene el alma, cómo es, cuánta es, por qué fue dada al cuerpo, y cómo se convierte cuando llega al cuerpo, y cómo es cuando se va.

2. A. Cuando preguntas de dónde proviene el alma, me veo obligado a entender dos cosas. Pues decimos de dónde es un hombre, cuando deseamos saber cuál es su patria; y de otra manera, cuando preguntamos de qué está compuesto, es decir, de qué elementos y cosas está formado. ¿Cuál de estas cosas deseas saber cuando preguntas de dónde proviene el alma? ¿Acaso deseas conocer su región y patria, de donde vino aquí; o más bien, preguntas cuál es su sustancia? E. En verdad, desearía saber ambas cosas, pero prefiero confiar a tu juicio cuál debe saberse primero. A. Creo que la propia morada y patria del alma es Dios mismo, de quien fue creada. No puedo nombrar su sustancia: pues no creo que sea de esas naturalezas usuales y conocidas, que tocamos con los sentidos del cuerpo. Pues no creo que el alma esté compuesta ni de tierra, ni de agua, ni de aire, ni de fuego, ni de todos estos, ni de algunos de ellos combinados. Pero así como si me preguntaras de qué está compuesta esta árbol, nombraría esos elementos más conocidos, de los cuales se cree que todas estas cosas están compuestas; pero si continuaras preguntando de qué están compuestos la tierra, el agua, el aire o el fuego, ya no encontraría nada que decir: así, cuando se pregunta de qué está compuesto el hombre, puedo responder, de alma y cuerpo; nuevamente, si preguntas sobre el cuerpo, recurriré a esos cuatro elementos; pero si preguntas sobre el alma, ya que parece ser algo simple y de sustancia propia, no me quedo menos perplejo que si preguntaras, como se ha dicho, de qué está compuesta la tierra. E. No entiendo cómo puedes decir que tiene una sustancia propia, cuando has dicho que fue hecha por Dios. A. Así como no puedo negar que la misma tierra fue hecha por Dios; y sin embargo, no puedo decir de qué otros cuerpos está compuesta la tierra. Pues la tierra es un cuerpo simple, en cuanto es tierra; y por eso se dice que es el elemento de todos esos cuerpos que se componen de los cuatro elementos. Por lo tanto, no se contradice la sentencia que dice que el alma fue hecha por Dios y que tiene una naturaleza propia. Pues Dios mismo hizo esta naturaleza propia y suya, como el fuego, el aire, el agua, la tierra, para que las demás cosas se compusieran de todos estos.

CAPÍTULO II.---Cómo es el alma.

3. E. Por ahora acepto de dónde proviene el alma, es decir, de Dios, lo cual reflexionaré cuidadosamente, y si algo me inquieta, lo preguntaré después. Ahora, por favor, explica cómo es. A. Me parece que es semejante a Dios. Pues, si no me equivoco, preguntas sobre el alma humana. E. Eso es lo que quisiera que me explicaras, cómo es el alma semejante a Dios; ya que creemos que Dios no fue hecho por nadie, pero has dicho que el alma fue hecha por Dios. A. ¿Acaso crees que fue difícil para Dios hacer algo semejante a Él, cuando ves que incluso a nosotros se nos ha concedido esto en tanta variedad de imágenes? E. Pero nosotros parecemos hacer cosas mortales, mientras que Dios hizo el alma inmortal, según creo, a menos que te parezca de otra manera. A. Entonces, ¿quisieras que los hombres hicieran cosas tales como las que hizo Dios? E. No diría eso. Pero así como Él, siendo inmortal, hizo algo inmortal a su semejanza; así también nosotros, hechos inmortales por Dios, lo que hacemos a nuestra semejanza debería ser inmortal. A. Dirías correctamente, si pintaras en la tabla la imagen de lo que crees que es inmortal en ti: pero ahora expresas la semejanza del cuerpo, que ciertamente es mortal. E. Entonces, ¿cómo soy semejante a Dios, si no puedo hacer cosas inmortales como Él? A. Así como la imagen de tu cuerpo no puede tener el mismo valor que tu cuerpo; así no es de extrañar que el alma no tenga el mismo poder que Aquel a cuya semejanza fue hecha.

CAPÍTULO III.---Cuánta es el alma.

4. E. Y esto por ahora es suficiente: ahora di cuánta es el alma. A. ¿Cómo preguntas cuánta es? No entiendo si preguntas por su espacio de longitud o anchura, o de fuerza, o de todos estos juntos; o si deseas saber cuánto puede. Solemos preguntar cuán grande fue Hércules, es

decir, cuántos pies medía su estatura. Y también cuán grande fue el hombre, es decir, cuánta potencia y virtud tenía. E. Deseo saber ambas cosas sobre el alma. A. Pero eso no se puede decir de la primera manera, ni se puede entender en absoluto sobre el alma. Pues de ninguna manera debe sospecharse que el alma sea larga, ancha o fuerte: estas son cosas corporales, según me parece; y por la costumbre de los cuerpos preguntamos así sobre el alma. Por eso se nos aconseja bien incluso en los misterios, que desprecie todas las cosas corporales, y renuncie a todo este mundo, que, como vemos, es corporal, quienquiera que desee hacerse tal como fue hecho por Dios, es decir, semejante a Dios: pues no hay otra salvación para el alma, ni renovación, ni reconciliación con su creador. Por lo tanto, no puedo responderte cuánta es el alma según esta investigación; pero puedo afirmar que no es ni larga, ni ancha, ni robusta, ni nada de lo que se suele buscar en las medidas de los cuerpos. Y te daré la razón de por qué pienso esto, si te parece bien. E. Me parece bien, y lo espero con ansias: pues me parece que el alma es casi nada, si no es ninguna de estas cosas. A. Entonces primero, si te parece, te mostraré que hay muchas cosas que no puedes decir que no son nada, y sin embargo no encuentras en ellas ninguno de estos espacios, como los que buscas en el alma: para que no solo no te parezca que el alma no es nada porque no encuentras en ella longitud, o algo así; sino que debe ser tanto más preciosa y valiosa cuanto menos tiene de estas cosas. Luego veremos si realmente no tiene nada de esto. E. Usa el orden y el modo que desees, estoy listo para escuchar y aprender.

CAPÍTULO IV.---El alma no es nada, aunque no sea larga ni ancha.

5. A. Haces bien: pero quiero que respondas a mis preguntas; pues tal vez ya sabes lo que intento enseñarte: creo que no dudas que este árbol no es en absoluto nada. E. ¿Quién lo dudaría? A. ¿Y eso? ¿Dudas que la justicia es mucho mejor que este árbol? E. Eso es ridículo, como si hubiera alguna comparación. A. Actúas generosamente conmigo; pero ahora presta atención a esto: ya que está claro que este árbol es tan inferior a la justicia que ni siquiera te parece comparable, y has confesado que este leño no es nada; ¿te parece bien que creamos que la justicia no es nada? E. ¿Quién lo creería demente? A. Muy bien: pero tal vez este árbol te parece ser algo porque es largo a su manera, y ancho, y robusto; que si lo quitas, no será nada. E. Así parece. A. ¿Qué entonces? La justicia, que has confesado que no es nada, sino algo mucho más divino y mucho más excelente que esto, ¿te parece que es larga? E. De ninguna manera puede ocurrir a mi pensamiento que la justicia sea larga, o ancha, o algo así. A. Sí, por lo tanto, la justicia no es ninguna de estas cosas, y sin embargo no es nada; ¿por qué te parece que el alma no es nada, a menos que tenga alguna longitud? E. Vamos; ya no me parece que el alma no sea nada porque no sea larga, ni ancha, ni robusta, pero aún no has dicho si realmente es así. Pues puede ser que haya muchas cosas que deben ser altamente valoradas, que carecen de estas cosas; pero no creo que el alma deba ser considerada de este tipo.

6. A. Sé que esto nos queda por aclarar, y prometí que lo explicaría a continuación: pero como es una cuestión muy sutil, y requiere otros ojos de la mente que los que la costumbre humana suele tener en los actos de la vida cotidiana; te advierto que, por los caminos por los que creo que debes ser guiado, sigas voluntariamente, y no te impacientes, fatigado por nuestro necesario rodeo, si llegas un poco más tarde a lo que desees. Pues primero te pregunto si crees que hay algún cuerpo que no tenga, según su medida, alguna longitud, anchura y altura. E. No entiendo qué llamas altura. A. Llamo a eso lo que hace que se piense o incluso se sienta el interior del cuerpo, o si es translúcido como el vidrio; aunque si quitas esto de los cuerpos, según mi opinión, no pueden ser sentidos, ni en absoluto ser considerados cuerpos. Quiero que me digas qué piensas. E. No tengo ninguna duda de que todos los cuerpos no pueden carecer de estas cosas. A. ¿Y eso? ¿Puedes pensar que estas tres cosas no

están sino en los cuerpos? E. No entiendo cómo pueden estar en otro lugar. A. Entonces, ¿no crees que el alma es otra cosa que un cuerpo? E. Si incluso el viento confesamos que es un cuerpo, no puedo negar que el alma me parece un cuerpo: pues pienso que es algo así. A. Confieso que el viento es un cuerpo tanto como si me preguntaras sobre una ola. Pues no sentimos otra cosa que este aire movido y agitado como viento; lo cual puede ser demostrado incluso en un lugar muy tranquilo y sin viento con un simple abanico, con el que también ahuyentamos las moscas, movemos el aire y sentimos el soplo. Cuando esto ocurre por un movimiento más oculto de los cuerpos celestiales o terrenales a través de un gran espacio del mundo, se llama viento, habiendo recibido diferentes nombres de las diversas partes del cielo. ¿Te parece de otra manera? E. En verdad, nada me parece, y acepto lo que dices como probable: pero yo no dije que el alma fuera el mismo viento, sino algo así. A. Dime primero si crees que el mismo viento del que has hablado tiene alguna longitud, anchura y altura. Luego veremos si el alma es algo así, para que también podamos investigar de esta manera cuánta es. E. ¿Qué puede encontrarse más largo, ancho y alto que este aire, que ahora me has convencido de que el viento es?

CAPÍTULO V.---La infinita fuerza del alma.

7. A. Dices bien: pero, ¿acaso no crees que el alma está en tu cuerpo? E. Así lo creo. A. ¿Solo en el interior, como si llenara un odre; o solo en el exterior, como un revestimiento; o crees que está tanto en el interior como en el exterior? E. Esto es lo que siento, lo que preguntaste al final. Pues si no estuviera en el interior, no habría nada vital en nuestras entrañas; si no estuviera en el exterior, no podría sentir incluso en la piel un leve pinchazo. A. ¿Qué, entonces, buscas más sobre cuánta es el alma, cuando ves que es tan grande como los espacios del cuerpo lo permiten? E. Si la razón lo enseña, no busco más. A. Haces bien en no buscar más de lo que enseña la razón. Pero, ¿te parece esta razón la más firme? E. Cuando no encuentro otra, me parece. En su momento buscaré, lo que me inquieta mucho, si esta figura permanece igual cuando ha dejado el cuerpo: pues recuerdo que puse esto al final entre las cosas a discutir. Pero ya que preguntar sobre el número de almas parece pertenecer a la cantidad, creo que no debe pasarse por alto en este lugar. A. No piensas incongruentemente, pero primero expliquemos sobre su espacio, que aún me inquieta, si te parece, para que también yo aprenda algo, si ya estás satisfecho. E. Pregunta lo que quieras; pues tu duda simulada me hace dudar verdaderamente sobre esto mismo que ya había supuesto resuelto.

8. A. Dime, por favor, si lo que se llama memoria no te parece un nombre vacío. E. ¿A quién le parecería eso? A. ¿Crees que es del alma o del cuerpo? E. Y de esto dudar es ridículo. ¿Qué? ¿Puede creerse o entenderse que un cuerpo sin vida recuerde algo? A. ¿Recuerdas entonces la ciudad de Milán? E. La recuerdo mucho. A. Ahora, porque se ha mencionado, ¿recuerdas cuán grande y cómo es? E. La recuerdo ciertamente, y nada más reciente e íntegro. A. Ahora, entonces, cuando no la ves con los ojos, la ves con el alma. E. Así es. A. Recuerdas, creo, también, a qué distancia de nosotros está ahora en el cuarto espacio de la tierra. E. Así también lo recuerdo. A. Entonces ves también con el alma esa distancia de los lugares. E. Veo. A. Entonces, si tu alma está aquí donde está el cuerpo, y no se extiende más allá de su espacio, como demostraba la razón anterior, ¿cómo es que ve todas esas cosas? E. Creo que esto se hace por la memoria, no porque esté presente en esos lugares. A. Entonces, las imágenes de esos lugares se contienen en la memoria. E. Así lo siento: pues no sé qué se hace allí ahora; lo cual ciertamente no ignoraría, si mi alma se extendiera hasta esos lugares y lo sintiera presente. A. Me parece que dices la verdad: pero ciertamente esas imágenes son de cuerpos. E. Así debe ser: pues las ciudades y las tierras no son otra cosa que cuerpos.

9. A. ¿Nunca has observado pequeños espejos, o nunca has visto tu rostro en la pupila del ojo ajeno? E. Sí, a menudo. A. ¿Por qué aparece mucho más pequeño de lo que es? E. ¿Qué otra cosa querías sino que se viera según el tamaño del espejo? A. Es necesario, entonces, que las imágenes de los cuerpos, si son pequeños los cuerpos en los que aparecen, se vean pequeñas. E. Es absolutamente necesario. A. ¿Por qué, entonces, siendo el alma tan pequeña en espacio como lo es su cuerpo, pueden expresarse en ella imágenes tan grandes, que pueda imaginarse ciudades, la extensión de las tierras y otras cosas inmensas? Quiero que pienses un poco más detenidamente en cuántas y cuán grandes cosas contiene nuestra memoria, que ciertamente están contenidas en el alma. ¿Qué fondo, qué seno, qué inmensidad puede contenerlas, cuando la razón superior parece haber demostrado que es tan grande como el cuerpo? E. No encuentro qué responder, ni puedo explicar suficientemente cuánto me conmueven estas cosas: y me burlo mucho de mí mismo, que tan rápidamente había consentido a la razón superior, como para concluir de este modo del cuerpo cuán grande es el alma. A. ¿No te parece ya algo como el viento? E. De ninguna manera: pues aunque este aire, que se cree razonablemente ser el flujo del viento, pueda llenar todo este mundo, el alma puede imaginar innumerables mundos tan grandes como estos, y no puedo sospechar en qué espacio contiene estas imágenes. A. Mira, entonces, si no es mejor creer, como dije antes, que no es ni larga, ni ancha, ni alta, como me concediste sobre la justicia. E. Fácilmente estaría de acuerdo, si no me perturbara más cómo puede contener imágenes innumerables de espacios tan grandes sin tener longitud, anchura y altura propias.

CAPÍTULO VI.---Longitud pura y simple.

10. A. Tal vez encontraremos esto en la medida de lo posible, si primero examinamos cuidadosamente estas tres cosas, es decir, longitud, anchura y altura. Así que esfuézate por pensar en la longitud que aún no ha asumido ninguna anchura. E. No puedo pensar en tal cosa: pues si en mi mente coloco un hilo de araña, que no solemos ver nada más delgado; me ocurre que incluso en él hay longitud por sí misma, anchura y altura: cualesquiera que sean, no puedo negar que existen. A. Tu respuesta no es del todo absurda, pero ciertamente cuando entiendes que estas tres cosas están en el hilo de la araña, las distingues y sabes en qué se diferencian entre sí. E. ¿Cómo no iba a saber en qué se diferencian? ¿De qué otra manera podría haber visto que nada de esto falta en este hilo? A. Entonces, con el entendimiento con el que has distinguido estas cosas, también puedes, separándolas, pensar solo en la longitud, si no consideras ningún cuerpo en tu mente: pues cualquiera que sea, no carecerá de todas estas cosas. Es incorpóreo lo que ahora deseo que entiendas: pues solo la longitud puede ser entendida por la mente, no puede encontrarse en el cuerpo. E. Ya entiendo. A. Entonces, si quisieras cortar con el pensamiento esta longitud a lo largo, ves claramente que no puede hacerse: pues si puede, también hay anchura. E. Es evidente. A. A esta longitud pura y simple, si te parece bien, llamémosla línea: pues con este nombre suele ser llamada por muchos doctos. E. Llámala como quieras: no tengo que preocuparme por los nombres, ya que la cosa está clara.

11. A. Haces bien, y no solo lo apruebo, sino que también te aconsejo que siempre te deleite más preocuparte por las cosas que por las palabras. Pero esa línea que ahora, según creo, entiendes bien, si se extiende ya sea por un lado o por ambos, ves que no tiene fin. ¿O la agudeza de tu mente es menos capaz de contemplar esto? E. Lo contemplo completamente, y nada más fácil. A. Ves, entonces, que tampoco puede hacerse ninguna figura, si no se hace otra cosa que extender esa línea. E. No entiendo aún qué figura dices.

CAPÍTULO VII.---Un camino más breve y más seguro para la multitud hacia la percepción de la verdad a través de la autoridad que a través de la razón.

A. Llamo figura, por ahora, cuando algún espacio es cerrado por una línea o líneas, como si hicieras un círculo, o unieras cuatro líneas en sus extremos, de modo que ningún extremo estuviera libre de la unión con otro. E. Creo que ya veo qué llamas figura; pero ojalá viera también hacia dónde se dirigen estas cosas, o qué vas a lograr con ellas, para que yo sepa lo que busco sobre el alma.

12. A. Al principio te advertí y te pedí que soportaras pacientemente nuestro pequeño rodeo, lo cual te pido nuevamente que hagas. No se busca una cosa ligera, ni fácil de conocer: pues queremos conocer esto claramente y retenerlo, si es posible. Es diferente cuando creemos en la autoridad, y cuando creemos en la razón. Creer en la autoridad es un gran atajo, y sin esfuerzo: lo cual, si te agrada, puedes leer mucho, lo que grandes y divinos hombres han dicho sobre estas cosas necesarias, como les pareció, hablando a los menos instruidos como con un gesto, y queriendo que se les creyera por aquellos cuyas almas, ya sea más lentas o más enredadas, no podrían tener otra salvación. Pues tales hombres, de los cuales ciertamente la mayoría es grande, si quieren comprender la verdad por la razón, son fácilmente engañados por las similitudes de las razones, y caen en varias y nocivas opiniones de las que apenas pueden emerger y liberarse, o nunca. Por lo tanto, es muy útil para ellos creer en la autoridad más excelente, y vivir de acuerdo con esto. Si crees que esto es más seguro, no solo no me opongo, sino que también lo apruebo mucho. Pero si no puedes refrenar ese deseo que te ha persuadido de llegar a la verdad por la razón, tendrás que soportar muchos y largos rodeos, para que no te lleve la razón, sino aquella que debe llamarse razón verdadera; y no solo verdadera, sino tan cierta, y ajena a toda similitud de falsedad, si de alguna manera puede ser encontrada por el hombre, para que ninguna discusión falsa o verosímil pueda desviarte de ella. E. Ya no desearé nada apresuradamente: que la razón actúe y me guíe como quiera, siempre que me conduzca.

CAPÍTULO VIII.---Sobre las figuras matemáticas. Cuántas líneas hacen una figura. Cómo se puede hacer una figura con tres líneas.

13. A. Dios hará esto, quien debe ser invocado ya sea solo por tales cosas, o ciertamente principalmente por ellas. Pero volvamos al asunto que había comenzado. Pues si ya sabes qué es una línea y qué es una figura, di lo que te pregunto, es decir, si crees que alguna figura puede hacerse si la línea se extiende infinitamente por ambos lados o por uno solo. E. Afirmo que de ninguna manera puede hacerse. A. ¿Qué debe hacerse, entonces, para hacer una figura? E. ¿Qué, sino que esa línea no sea infinita, y se extienda en un círculo, para que se toque a sí misma por el otro lado? pues no veo cómo de otra manera se puede cerrar algún espacio con una sola línea; lo cual, si no se hace, según tu descripción, no será figura. A. ¿Qué, si quiero hacer una figura con líneas rectas? ¿Puede hacerse con una sola línea, o no puede? E. De ninguna manera. A. ¿Qué, con dos? E. Tampoco esto. A. ¿Qué, con tres? E. Veo que puede hacerse. A. Entonces sabes y entiendes bien que cuando se hace una figura con líneas rectas, no puede hacerse con menos de tres. ¿O si alguna razón te contradice, te hará cambiar de opinión? E. Claramente, si alguien me muestra que esto es falso, no habrá nada que confíe en poder saber. A. Ahora responde cómo has hecho una figura con tres líneas. E. Cuando se unen en sus extremos. A. ¿Qué? donde se unen, ¿no te parece que se forma un ángulo? E. Así es. A. ¿De cuántos ángulos consta esta figura? E. Tantos como líneas. A. ¿Qué? ¿consideras las líneas iguales o desiguales? E. Iguales. A. ¿Qué? ¿todos los ángulos son igualmente amplios, o hay alguno más estrecho o más amplio? E. También veo que son iguales. A. ¿Puede hacerse que en una figura hecha con tres líneas rectas iguales haya ángulos desiguales, o no puede? E. De ninguna manera. A. ¿Qué? si una figura consta de tres líneas rectas, pero desiguales, ¿pueden también en esta ser iguales los ángulos, o entiendes

otra cosa? E. En absoluto no pueden. A. Dices correctamente: pero dime, por favor, ¿cuál figura te parece mejor y más hermosa? ¿la que consta de líneas iguales, o la que consta de líneas desiguales? E. ¿Quién dudaría que es mejor aquella en la que prevalece la igualdad?

CAPÍTULO IX.---Qué figura es superior. En un triángulo qué se opone al ángulo.

14. A. Entonces, ¿prefieres la igualdad a la desigualdad? E. No sé si alguien no la preferiría. A. Ahora mira en la figura que está hecha con tres ángulos iguales, qué en ella es contrario al ángulo, es decir, puesto en el lado opuesto; si es la línea o el ángulo. E. Veo que es la línea. A. ¿Qué, entonces? si el ángulo es contrario al ángulo, y la línea a la línea, ¿no admites que la igualdad es mejor en esa figura en la que esto sucede? E. Lo admito, pero no veo cómo se hace esto con tres líneas en absoluto. A. ¿Qué? ¿puede hacerse esto con cuatro líneas? E. Completamente puede. A. Entonces, la figura que consta de cuatro líneas rectas iguales es mejor que la que consta de tres. E. Mejor ciertamente, si en ella prevalece más la igualdad. A. ¿Qué, entonces? ¿crees que esa que se hace con cuatro líneas rectas iguales puede hacerse también de manera que no todos los ángulos en ella sean iguales, o no lo crees? E. Veo que puede. A. ¿De qué manera? E. Si dos son más estrechos y dos más amplios. A. ¿Ves también cómo tanto los más estrechos como los más amplios son contrarios entre sí? E. Muy verdaderamente y claramente. A. Entonces ves que también aquí se ha mantenido la igualdad tanto como se pudo: pues ciertamente ves que no puede hacerse que cuando se completa una figura con cuatro líneas iguales, no sean o todos, o al menos dos ángulos iguales; y que lo que es igual, se corresponde de manera contraria. E. Lo veo, y lo sostengo firmemente.

15. A. ¿No te conmueve también en estas cosas una cierta justicia tan grande e incommovible? E. ¿De qué manera? A. Porque nada, creo, decimos que es justicia sino equidad: y la equidad parece derivarse de una cierta igualdad. Pero, ¿qué equidad hay en esta virtud, sino que se dé a cada uno lo suyo? Por otra parte, lo suyo a cada uno no puede darse sin una cierta distinción. ¿O piensas de otra manera? E. Es evidente, y estoy completamente de acuerdo. A. ¿Qué? ¿crees que hay alguna distinción si todo es igual, de modo que nada difiera entre sí? E. De ninguna manera. A. Entonces, la justicia no puede mantenerse, a menos que en las cosas en las que se mantiene, haya una cierta, por así decirlo, desigualdad y disimilitud. E. Entiendo. A. Entonces, si admitimos que estas figuras de las que hablamos son diferentes entre sí, es decir, aquella que consta de tres ángulos y esta que consta de cuatro, cuando ambas se hacen con líneas iguales; ¿no te parece que se ha mantenido una cierta justicia, de modo que aquella que no puede tener igualdad de contrarios, mantenga incommovible la igualdad de los ángulos: y en esta, porque hay tanta congruencia de contrarios, esa ley de los ángulos admita alguna desigualdad? Por lo tanto, cuando esto me conmovió mucho, me pareció que debía preguntarte de qué manera te deleitabas con esta verdad, equidad e igualdad. E. Ya entiendo lo que dices, y no poco me maravillo. A. Ahora, porque prefieres la igualdad a la desigualdad con razón, y no hay nadie en absoluto, creo, dotado de sentido humano, a quien no le parezca así; busquemos, si te parece, la figura en la que se pueda encontrar la máxima igualdad: pues cualquiera que sea, sin duda se preferirá a las demás. E. Me parece bien, y deseo saber cuál es.

CAPÍTULO X.---Máxima igualdad en las figuras.

16. A. Responde primero, entonces, si te parece que de aquellas figuras de las que ya se ha hecho mención suficiente, aquella que consta de cuatro líneas iguales y otros tantos ángulos iguales sobresale: pues, como ves, en esta hay igualdad tanto de líneas como de ángulos; y, lo que no encontrábamos en aquella que se cierra con tres líneas iguales, en esta hay igualdad de contrarios: pues la línea es contraria a la línea, y el ángulo al ángulo, como ves. E. Así es,

como dices. A. ¿Tiene la máxima igualdad, o te parece de otra manera? Pues si la tiene, buscamos en vano, como habíamos propuesto, otra; pero si no la tiene, quiero que me lo demuestres. E. Me parece que la tiene: pues donde los ángulos son iguales entre sí y las líneas son iguales, no veo dónde encontrar desigualdad. A. Yo pienso de otra manera: pues la línea recta, hasta que llega a los ángulos, está dotada de máxima igualdad; pero cuando se une con otra línea en el lado opuesto y forma un ángulo, ¿no crees que esto mismo es desigual? ¿O te parece que la parte de la figura que está cerrada por la línea concuerda en igualdad o similitud con aquella parte que está cerrada por el ángulo? E. De ninguna manera: y me avergüenzo de mi temeridad; pues fui llevado por el hecho de que veía tanto los ángulos iguales entre sí como los lados: pero ¿quién no ve la gran diferencia de esos lados con los ángulos? A. Toma otro indicio clarísimo de desigualdad: ciertamente ves que ya sea aquella figura triangular que consta de líneas iguales, o esta cuadrada, tiene algún medio. E. Lo veo claramente. A. ¿Qué? cuando trazamos líneas desde el mismo medio a todas las partes de la figura, ¿te parecen que se trazan líneas iguales o desiguales? E. Completamente desiguales: pues es necesario que sean más largas las que se trazan hacia los ángulos. A. ¿Cuántas son estas en la cuadrada y cuántas en la triangular? E. Cuatro aquí, tres allí. A. ¿Qué? ¿cuántas son las más pequeñas de todas las que se trazan nuevamente en cada figura? E. Las mismas, es decir, las que se trazan hacia los lados medios. A. Me parece que dices muy verdaderamente, y aquí no es necesario detenernos más; pues para lo que queremos es suficiente: pues ves que aquí se mantiene una gran igualdad, y sin embargo aún no perfecta en todos los aspectos. E. Completamente lo veo, y deseo mucho saber cuál es esa figura que tiene la máxima igualdad.

CAPÍTULO XI.---La excelencia de las figuras. Qué es un signo; qué es un punto.

17. A. ¿Cuál crees, sino aquella cuya extremidad es concordante consigo misma por todas partes, sin que ningún ángulo perturbe la igualdad, y desde cuyo medio se pueden trazar líneas iguales a todas las partes de la extremidad? E. Ya, según creo, entiendo: pues me parece que describes aquella figura que se termina con una sola línea trazada en círculo. A. Entiendes correctamente. Ahora considera esto, cuando la razón superior ha enseñado que la línea se entiende solo en longitud, y no usurpa nada de anchura, y por eso no puede dividirse a lo largo, si te parece que alguna figura puede encontrarse sin anchura. E. De ninguna manera. A. ¿Qué? ¿puede la misma anchura no tener longitud, aunque sea solo anchura, como entendimos antes la longitud sin anchura; o no puede? E. Veo que no puede. A. También ves eso, si no me equivoco, que la anchura puede dividirse por todas partes, pero la línea no puede dividirse a lo largo. E. Es evidente. A. ¿Qué, entonces, crees que debe valorarse más? ¿lo que puede dividirse, o lo que no puede? E. Ciertamente lo que no puede. A. Entonces prefieres la línea a la anchura. Pues si lo que no puede dividirse debe preferirse; también debemos preferir lo que puede dividirse menos: pero la anchura se divide por todas partes, mientras que la longitud solo se divide en el lado opuesto, pues no admite división a lo largo: por lo tanto, es más excelente que la anchura. ¿O piensas de otra manera? E. Así me obliga la razón a admitir lo que dices.

18. A. Ahora busquemos, si te parece bien, si hay algo en esta razón que no pueda dividirse en absoluto; pues esto será mucho mejor que aquella línea. Porque ves que una línea puede ser dividida innumerablemente de manera opuesta, así que te dejo a ti mismo encontrar esto. E. Creo que no puede dividirse aquello que poníamos en el medio de la figura, de donde se trazan las líneas hacia los extremos. Pues si se divide, no puede carecer de longitud o incluso de latitud. Pero si solo tiene longitud, ya no es de donde se trazan las líneas, sino que es la misma línea. Si, por otro lado, también es ancho, necesita otro medio del cual se tracen las líneas hacia los extremos de la latitud. Pero la razón rechaza ambas cosas. Por lo tanto, eso

será lo que no pueda dividirse. A. Dices correctamente. Pero, ¿no te parece algo similar también aquello de donde se traza la línea, aunque aún no sea una figura cuyo medio entendamos? Me refiero al principio de la línea de donde comienza la longitud, que quiero que entiendas sin ninguna longitud. Pues si entiendes la longitud, de ninguna manera entiendes de dónde comienza la misma longitud. E. Algo así, ciertamente. A. Esto, entonces, que ya veo que entiendes, es lo más poderoso de todo lo que se ha demostrado. Pues esto es lo que no sufre ninguna división; y se llama punto cuando ocupa el medio de la figura: pero si es el principio de la línea o de las líneas, o incluso el fin; o cuando simplemente señala algo que debe entenderse sin partes, pero no ocupa el medio de la figura, se llama signo. Por lo tanto, el signo es una nota sin partes. Pero el punto es una nota que ocupa el medio de la figura. Así, todo punto es también un signo, pero no todo signo parece ser un punto. Quiero que acordemos estos nombres entre nosotros, para que hablemos menos en círculos al discutir: aunque muchos llaman punto, no lo que ocupa el medio de toda figura, sino lo que ocupa solo el del círculo o la esfera; aunque no debemos preocuparnos tanto por los vocablos. E. Estoy de acuerdo.

CAPÍTULO XII.---El poder del punto.

19. A. Ciertamente ves también cuánto vale. Pues de él comienza la línea, en él termina; no vemos que ninguna figura pueda hacerse con líneas rectas, a menos que el ángulo se cierre con él; luego, dondequiera que la línea pueda ser cortada, se corta por él, aunque él mismo no admite ninguna sección en sí; ninguna línea se une a otra línea, a menos que sea por él. Finalmente, cuando la razón ha demostrado que entre todas las figuras planas (pues aún no hemos hablado de la altura) debe preferirse la que está cerrada por un círculo, debido a su suma igualdad; ¿qué otra medida de esa igualdad hay, sino el punto colocado en el medio? Se pueden decir muchas cosas sobre su poder, pero pongo un límite y te permito pensar más por ti mismo. E. Ciertamente parece así; no me molestará buscar si algo es más oscuro: pero veo moderadamente, creo, que el poder de este signo es grande.

20. A. Ahora, entonces, presta atención a esto, ya que has comprendido qué es el signo, qué es la longitud y qué es la latitud; cuál de estas cosas te parece que necesita de la otra, sin la cual no puede existir. E. Veo que la latitud necesita de la longitud, sin la cual no puede entenderse en absoluto. Nuevamente, veo que la longitud no necesita de la latitud para existir, pero no puede existir sin ese signo. Pero es evidente que ese signo existe por sí mismo y no necesita de ninguna de estas cosas. A. Así es como dices: pero considera más cuidadosamente si la latitud realmente puede ser cortada por todas partes; o si en algún lugar tampoco puede admitir la sección, aunque admite más que la línea. E. No sé en absoluto de dónde no puede. A. Creo que no lo recuerdas; pues de ninguna manera podrías no saber esto: por lo que te recordaré de esta manera. Ciertamente entiendes la latitud de tal manera que en tu pensamiento no usurpas nada de la altura. E. Así es completamente. A. Que se añada entonces altura a esta latitud, y responde ahora si también se ha añadido algo que pueda ser cortado más por todas partes. E. Me has recordado maravillosamente. Pues ahora veo que no solo desde arriba o desde abajo, sino también desde los lados puede admitirse la sección, y que no queda nada en absoluto por donde no pueda penetrar la división. Por lo tanto, es evidente que la latitud tampoco puede ser cortada por esas partes por las que se levantará la altura.

21. A. Dado que, si no me equivoco, te son conocidas la longitud, la latitud y la altura; pregunto si pueden faltar las dos primeras cuando está presente la altura. E. Veo que la altura no puede existir sin longitud, pero puede sin latitud. A. Vuelve entonces al pensamiento de la latitud, y si la has figurado en tu mente como yacente, que se levante hacia cualquier lado,

como si quisieras sacarla por una rendija muy estrecha donde se juntan las puertas cerradas. ¿Aún no entiendes lo que quiero decir? E. Entiendo lo que dices, pero tal vez aún no lo que quieres. A. Quiero que respondas si la latitud levantada así te parece que ha migrado a la altura, y ha perdido ya el nombre y la descripción de latitud; o si todavía permanece como latitud, aunque esté colocada de esa manera. E. Me parece que se ha convertido en altura. A. ¿Recuerdas, te lo ruego, cómo habíamos definido la altura? E. Lo recuerdo claramente, y ya me avergüenza haber respondido así. Pues incluso de esta manera, la latitud levantada no admite la sección a lo largo hacia abajo: por lo que no se puede pensar en ningún interior en ella, aunque se piense en el medio y los extremos. Pero según la demostración anterior de la altura, que hiciste para que recordara, no hay altura en absoluto donde no se pueda pensar en nada dentro. A. Dices correctamente, y así quería que lo recordaras. Por lo tanto, ahora quiero que respondas si prefieres lo falso a lo verdadero. E. Ya dudar de esto es una increíble demencia. A. Dime, te lo ruego, ¿es verdadera una línea que puede ser cortada a lo largo; o es verdadero un signo que puede ser cortado de alguna manera; o es verdadera una latitud que, cuando se levanta, como dijimos, admite la sección a lo largo hacia abajo? E. Nada menos.

CAPÍTULO XIII.---El alma incorpórea percibe lo incorpóreo. Qué es el alma.

22. A. ¿Alguna vez has visto con estos ojos corporales un punto tal, o una línea tal, o una latitud tal? E. Nunca en absoluto. Pues no son cosas corporales. A. Pero si las cosas corporales se perciben con ojos corporales por una maravillosa afinidad de las cosas; es necesario que el alma, con la que vemos aquellas cosas incorpóreas, no sea un cuerpo ni algo corporal. ¿O piensas de otra manera? E. Vamos, ya concedo que el alma no es un cuerpo ni nada corporal; ¿qué es entonces, dime? A. Mira mientras tanto si está resuelto que carece de toda esa cantidad de la que ahora se trata: pues me sorprende que hayas olvidado lo que discutimos en nuestra cuestión anterior sobre qué es el alma. Recuerdas que preguntaste primero de dónde era: lo cual recuerdo que tratamos de dos maneras, una, en la que se preguntó como si fuera de su región; la otra, si era de la tierra, o del fuego, o de alguno de estos elementos, o de todos, o de algunos de ellos. En esta cuestión acordamos que no era más necesario preguntar esto que de dónde es la tierra, o si es de otro de los elementos individuales. Pues aunque Dios hizo el alma, debe entenderse que tiene una sustancia cierta, que no es ni terrena, ni ígnea, ni aérea, ni húmeda: a menos que se deba pensar que Dios dio a la tierra para que no sea nada más que tierra, y no dio al alma para que no sea nada más que alma. Pero si quieres que se defina el alma, y por eso preguntas qué es el alma; fácilmente respondo. Pues me parece que es una cierta sustancia partícipe de la razón, adaptada para gobernar el cuerpo.

CAPÍTULO XIV.---Cuánto vale el alma incorpórea.

23. Así que presta atención a lo que ahora se discute, si el alma tiene alguna cantidad y, por así decirlo, espacio local. Pues ciertamente, porque no es un cuerpo; pues de otro modo no podría percibir ninguna cosa incorpórea, como la razón superior demostraba; sin duda carece del espacio por el cual se miden los cuerpos: y por esto se cree correctamente que no puede ser pensada o entendida tal cantidad suya. Pero si te preocupa por qué contiene en la memoria espacios tan grandes del cielo, la tierra y el mar, siendo ella misma de ninguna cantidad; es una fuerza maravillosa, que sin embargo, de lo que hemos descubierto, puedes observar tanto como hay luz en tu ingenio. Pues si no hay cuerpo, como la razón ya ha mostrado, que carezca de longitud, latitud, altura, y nada de esto puede existir en un cuerpo sin los otros dos; sin embargo, al alma se le ha concedido ver incluso una línea sola con un cierto ojo interior, es decir, con la inteligencia: creo que concedemos que el alma no es un cuerpo, sino que es mejor que el cuerpo. Concedido esto, no creo que deba dudarse que también es mejor que la

línea: es ridículo que, cuando esas tres cosas están en el cuerpo para que sea un cuerpo, no sea mejor que todas ellas, quien es mejor que el cuerpo. Pero la misma línea, por la cual se demuestra que el alma es mejor, supera a las otras dos porque puede ser cortada menos que ellas. Además, esas dos cosas se cortan más que la línea porque se extienden más en el espacio: pero la línea no tiene espacio sino de longitud, y quitado esto, no queda nada de espacio. Por lo tanto, cualquier cosa que sea mejor que la línea, es necesario que no tenga espacio y no pueda ser dividida o cortada en absoluto. Por lo tanto, en vano, creo, nos esforzamos por encontrar la cantidad del alma, que no existe, cuando concedemos que es mejor que la línea. Y si de todas las figuras planas, la mejor es la que se forma en un círculo, en la cual la razón ha demostrado que no hay nada mejor ni más poderoso que el punto, que sin duda carece de partes; ¿qué maravilla si el alma no es ni corporal, ni extendida en longitud, ni difundida en latitud, ni solidificada en altura; y sin embargo tiene tanto poder en el cuerpo, que en ella reside el gobierno de todos los miembros, y como un cierto eje en la acción, de todos los movimientos corporales?

24. Pero cuando el medio de los ojos, que se llama pupila, no es más que un cierto punto del ojo, en el cual, sin embargo, hay tanto poder, que desde allí se puede ver y contemplar la mitad del cielo, cuyo espacio es inefable, desde algún lugar elevado; no está lejos de la verdad que el alma carezca de toda magnitud corporal, que se completa con esas tres diferencias, aunque pueda imaginar cualquier magnitud de cuerpos. Pero a pocos les es permitido ver el alma con el mismo alma, es decir, que el alma se vea a sí misma; pero lo hace a través de la inteligencia. Pues solo a esta le es permitido ver que no hay nada más poderoso y magnífico en las cosas que aquellas naturalezas que, por así decirlo, se entienden sin hinchazones: pues no se llama sin razón hinchazón a la magnitud del cuerpo, que si fuera de gran valor, ciertamente los elefantes tendrían más sabiduría que nosotros. Pero si alguien de sus parientes dice que los elefantes son sabios; pues he sentido, aunque admirado, he sentido que incluso aquí los hombres a menudo dudan; al menos concederá, creo, que la abeja es más sabia que el asno; comparar sus magnitudes es más que asnal: o lo que también decíamos del ojo, ¿quién no sabe que el ojo del águila es mucho más corto que el nuestro? sin embargo, volando tan alto que difícilmente podemos verla en tanta luz, se ha comprobado que ve al conejito escondido bajo el arbusto y al pez bajo las olas. Pero si en los mismos sentidos, a los cuales no se les ha dado sentir sino cosas corporales, la magnitud del cuerpo no vale nada para el sentido, es decir, para la fuerza de sentir; ¿debe temerse, te pregunto, que el alma humana, cuyo aspecto más excelente y casi único es la misma razón con la que también intenta encontrarse a sí misma, no sea nada, si esa misma razón, es decir, ella misma, la ha convencido de que carece de toda magnitud con la que se ocupa el lugar? Grandes cosas, créeme, grandes, pero sin ninguna masa, deben pensarse sobre el alma. Lo cual sucede más fácilmente a aquellos que se acercan a estas cosas bien instruidos, no por el deseo de vana gloria, sino encendidos por el amor divino de la verdad; o que ya están involucrados en buscar estas cosas, aunque menos instruidos hayan venido a investigarlas, si se muestran pacientes y dóciles a los buenos, y se apartan de toda costumbre de los cuerpos, tanto como se permite en esta vida. No puede suceder, por una cierta providencia divina, que a las almas religiosas que buscan piadosa, casta y diligentemente a sí mismas y a su Dios, es decir, la verdad, les falte la facultad de encontrar.

CAPÍTULO XV.---Se objeta que el alma crece con la edad.

25. Pero de esta cuestión, a menos que algo aún te preocupe, ya nos alejemos, si te parece bien; y pasemos a otras cosas: sin embargo, verás cuánto valdrá para otras cosas cualquier cosa que se haya discutido más extensamente de lo que querías sobre esas figuras, si concedes que esta discusión ha sido ayudada en algo por ello: pues este tipo de disciplinas

ejercita el alma para ver cosas más sutiles, para que no, reflejada por la luz de ellas y no pudiendo soportarla, regrese voluntariamente a las mismas tinieblas que deseaba evitar; y aporta argumentos, a menos que me equivoque, muy ciertos, con los cuales lo que se ha encontrado y concluido tiene una duda impudente, tanto como se permite al hombre investigar tales cosas. Pues dudo menos de estas cosas que de aquellas que vemos con estos ojos siempre en guerra con la mucosidad. ¿Qué es menos soportable y audible que admitir que superamos a las bestias en razón, y admitir que esa cosa es algo que percibimos con la luz corporal, que incluso algunas bestias ven mejor; pero afirmar que aquello que percibimos con la razón no es nada? Si se dijera que es tal como aquello que ven los ojos, ciertamente parecería que no se puede decir nada más indigno.

26. E. Acepto estas cosas muy gustosamente y estoy de acuerdo: pero me preocupa que, siendo tan clara para mí la cuestión de que el alma no es de cantidad corporal, que en absoluto no sé cómo resistir esos argumentos, y qué de ellos no conceder, primero, ¿por qué con la edad crece como el cuerpo, o parece crecer? Pues, ¿quién negará que los niños pequeños no son comparables ni siquiera a la astucia de algunas bestias? ¿Quién dudará que, al crecer, también la razón en ellos crece de alguna manera? Luego, si el alma se extiende por el espacio de su cuerpo, ¿cómo es que no tiene cantidad? Pero si no se extiende, ¿cómo siente el dolor en todas partes? A. Realmente preguntas cosas que también me han preocupado a menudo: por lo tanto, no estoy desprevenido para responderte, como suelo hacerlo conmigo mismo; pero si bien, la razón que te mueve lo juzgará: sea lo que sea, sin embargo, ciertamente no puedo más, a menos que algo mejor venga a la mente divinamente mientras discutimos. Pero procedamos, si te parece, a nuestro modo, para que, guiado por la razón, tú mismo te respondas. Y primero busquemos si el crecimiento del alma con el cuerpo es un argumento cierto de que con el acceso de la edad el hombre se adapta más a la costumbre humana, y es más y más experto en ella. E. Procede como te parezca; pues también yo apruebo mucho este tipo de enseñanza y aprendizaje: no sé de qué manera, cuando respondo yo mismo lo que buscaba sin saber, el mismo descubrimiento se vuelve no solo real, sino también más dulce por la admiración.

CAPÍTULO XVI.---Se responde a la objeción y se muestra que el alma progresa sin incremento corporal.

27. A. Dime entonces si te parece mayor y mejor dos cosas, o una y la misma llamada por dos nombres. E. Sé que es diferente lo que llamamos mayor y lo que llamamos mejor. A. ¿Cuál de estas dos cosas crees que tiene cantidad? E. Evidentemente lo que llamamos mayor. A. ¿Qué cuando confesamos que de dos figuras la redonda es mejor que la cuadrada? ¿Lo hace la cantidad, o algo más? E. De ninguna manera la cantidad, sino esa igualdad de la que hablamos antes es la causa de esta excelencia. A. Ahora, entonces, presta atención a si te parece que la virtud es una cierta igualdad de vida, que en todo concuerda con la razón. Pues si algo discrepa de otro en la vida, nos ofende más, creo, que si alguna parte del círculo se distancia del punto con un intervalo mayor o menor que otras partes. ¿O piensas de otra manera? E. Al contrario, estoy de acuerdo, y apruebo que esta que has descrito es la virtud: pues la razón no debe ser llamada ni considerada sino verdadera; y aquel cuya vida concuerda en todo con la verdad, es ciertamente el único, o al menos el más, que vive bien y honestamente; y quien está así dispuesto, debe ser juzgado como el único que tiene virtud y vive por ella. A. Dices bien: pero ciertamente también ves, creo, que el círculo es más similar a la virtud que cualquier otra figura. Por eso es que en Horacio solemos alabar con grandes elogios aquel verso, cuando hablaba del sabio, "Fuerte y en sí mismo todo terso y redondo." (Serm. lib. 2, sátira 7, v. 60.) Y con razón: pues no encuentras nada en los bienes del alma que concuerde más consigo mismo en todo que la virtud; ni en las figuras planas que el

círculo. Por lo tanto, si el círculo no supera a los demás por la magnitud del espacio, sino por una cierta conformación; ¿cuánto más debe pensarse de la virtud, que no supera a las demás afecciones del alma por la ocupación de un lugar mayor, sino por una cierta congruencia divina de razones y concordia?

28. Pero cuando un niño progresa de manera loable, ¿a qué se dice que progresa más que a la virtud? ¿No te parece? E. Es evidente. A. Por lo tanto, no debe parecerte que el alma, como el cuerpo, progresa creciendo con la edad: pues al progresar alcanza la virtud, que confesamos que no es hermosa y perfecta por la magnitud del espacio, sino por la gran fuerza de la constancia: y si algo es más grande, algo es mejor, como ya has concedido; cualquier cosa en la que el alma progresa con la edad y se vuelve capaz de razón, no me parece que se haga más grande, sino mejor. Si la magnitud de los miembros lo hiciera; cada uno sería más prudente cuanto más largo o fuerte fuera: lo cual no creo que niegues que es de otra manera. E. ¿Quién negaría eso? Pero, sin embargo, aunque tú también concedas que el alma progresa con la edad; me sorprende cómo es que, siendo ajena a toda cantidad, se ayuda al menos con el tiempo.

CAPÍTULO XVII.---Se dice que el alma crece en espacio de tiempo de manera metafórica.

29. Deja de sorprenderte, pues aquí te respondo de manera similar. Así como la magnitud de los miembros no aporta argumento alguno de por qué ayuda al alma, ya que muchos con miembros más delgados y cortos se encuentran más prudentes que algunos dotados de gran masa corporal; así, dado que vemos a algunos jóvenes más industriosos y enérgicos que la mayoría de los ancianos, no veo por qué se deba pensar que los espacios de tiempo en las edades dan incrementos a las almas como a los cuerpos; ya que incluso los cuerpos, a los que se les concede crecer con el tiempo y ocupar espacios más amplios, a menudo son más viejos y más cortos, no solo en la vejez, que se contraen y disminuyen con la magnitud del tiempo; sino también en los niños, a quienes observamos ser más cortos de cuerpo que aquellos que son mayores en edad. Si, por lo tanto, los tiempos prolongados no aportan ni siquiera a los cuerpos la causa de la magnitud; sino que toda esa fuerza es de la semilla, y de ciertos números de naturaleza ciertamente ocultos y difíciles de discernir: cuánto menos se debe pensar que el alma se hace más larga con el tiempo, porque la vemos haber aprendido muchas cosas con la experiencia y la asiduidad.

30. Pero si te preocupa que solemos interpretar como longanimidad lo que los griegos llaman *μακροθυμίαν*; se puede observar que muchas palabras se transfieren del cuerpo al alma, así como del alma al cuerpo: pues si Virgilio llamó a la montaña injusta, y a la tierra justísima (Eneida, libro 12, v. 687; Geórgicas, libro 2, v. 460), ves que estas palabras se trasladan del alma a los cuerpos; ¿qué tiene de extraño si, en mutua correspondencia, decimos longanimidad, cuando no pueden ser largas sino los cuerpos? En verdad, la magnitud del alma, que se cuenta entre las virtudes, se entiende correctamente no en relación con el espacio, sino con una cierta fuerza, es decir, con el poder y la potencia del alma; virtud que debe ser valorada más cuanto más desprecia. Pero hablaremos de esto después, cuando busquemos cuán grande es el alma, como suele preguntarse, cuán grande fue Hércules, por la excelencia de sus hechos, no por la masa de sus miembros: así lo distribuimos antes. Sin embargo, ahora debes recordar lo que ya hemos tratado sobre el punto: pues la razón enseñaba que es lo más poderoso y que domina en las figuras. ¿No muestran el poder y el dominio una cierta magnitud? y, sin embargo, no encontrábamos espacio alguno en el punto. Por lo tanto, cuando escuchamos o decimos que un alma es grande o inmensa, no debemos pensar en cuánto espacio ocupa, sino en cuánto puede. Por lo tanto, si ya se ha discutido

suficientemente tu primer argumento, por el cual te parecía que el alma crecía con el cuerpo a través de la edad; pasemos a otro.

CAPÍTULO XVIII.---La capacidad de hablar, que el niño adquiere poco a poco, no debe atribuirse a los incrementos del alma.

31. E. No sé si hemos abordado todo lo que suele preocuparme sin razón; y puede ser que algo escape a mi memoria: sin embargo, lo que ahora viene a mi mente veamos qué tal es, que el niño recién nacido no habla, y lo adquiere al crecer. A. Eso es fácil: pues creo que te parece que cada uno habla en la lengua que hablan los hombres entre los que ha nacido y ha sido criado. E. Nadie lo ignora. A. Entonces imagina a alguien nacido y criado donde los hombres no hablaran, sino que expresaran sus pensamientos entre sí mediante gestos y movimientos de los miembros; ¿no crees que haría lo mismo y no hablaría, quien no ha oído a nadie hablar? E. No quiero que me preguntes esto, que no puede suceder. ¿Cómo puedo imaginar a alguien nacido entre tales hombres? A. ¿Acaso no has visto en Milán a un joven de cuerpo muy honesto y de una urbanidad elegantísima, pero mudo y tan sordo que no entendía a los demás sino por el movimiento del cuerpo, ni él mismo significaba lo que quería de otra manera? pues es muy conocido. Porque yo conocí a un campesino que, siendo hablante, de una esposa hablante, tuvo todos sus hijos, varones y hembras, cuatro o más (pues no lo recuerdo bien ahora) mudos y sordos. Pues por no poder hablar, se entendía que eran mudos; y por no captar señales sino con los ojos, también se entendía que eran sordos. E. A ese lo conozco bien, y sobre esos otros no sé quiénes, te creo: pero ¿a dónde va esto? A. Porque dijiste que no podías imaginar a alguien nacido entre tales hombres. E. Ni ahora digo otra cosa: pues esos, si no me equivoco, concedes que nacieron entre quienes hablaban. A. No lo niego: pero ya que entre nosotros está claro que algunos tales hombres pueden existir; te ruego que pienses, si de este tipo un hombre y una mujer se unieran, y fueran llevados por cualquier casualidad a alguna soledad, donde sin embargo pudieran vivir, y engendraran un hijo no sordo, ¿cómo crees que hablaría con sus padres? E. ¿Cómo crees, sino que devolvería las señales como sus padres se las daban, con gestos? Pero, sin embargo, un niño pequeño ni siquiera podría hacer eso: por lo tanto, mi argumento sigue intacto. ¿Qué importa si al crecer adquiere hablar o hacer gestos, cuando ambos pertenecen al alma, que no queremos admitir que crece?

32. A. Ya me parece que también cuando alguien camina sobre una cuerda, crees que tiene un alma más amplia que aquellos que no pueden hacerlo. E. Esto es diferente: ¿quién no ve que eso es un arte? A. ¿Por qué, te ruego, es un arte? ¿acaso porque lo aprendió? E. Así es. A. ¿Por qué entonces no te parece también un arte si alguien aprende otra cosa? E. Claramente no niego que cualquier cosa que se aprenda es un arte. A. ¿No aprendió entonces de sus padres a hacer gestos? E. Lo aprendió ciertamente. A. Por lo tanto, debes conceder que esto no es por un alma más amplia, sino por un cierto arte de imitación. E. No puedo conceder esto. A. Entonces no todo lo que se aprende es un arte, lo que ahora habías concedido. E. Totalmente un arte. A. Entonces no aprendió a hacer gestos, lo cual también habías concedido. E. Lo aprendió, pero esto no es un arte. A. Pero tú dijiste hace un momento que lo que se aprende es un arte. E. Vamos, ya concedo que tanto hablar como hacer gestos, porque los aprendimos, son un arte. Sin embargo, hay artes que aprendemos al enfocarnos en otros; otras, que nos son inculcadas por maestros. A. ¿Cuáles de estas crees que el alma adquiere al hacerse más amplia? ¿acaso todas? E. No creo que todas, sino aquellas superiores. A. ¿No te parece que caminar sobre una cuerda es de este tipo? pues creo que quienes lo hacen lo logran viéndolo. E. Así lo creo: pero no todos los que observan esto y lo miran con gran atención pueden lograrlo, sino quienes se someten a maestros de esta materia. A. Dices bien; pues también te respondería lo mismo sobre el habla: muchos griegos y otros tipos de lengua

nos escuchan hablar más frecuentemente que ver a un funambulista; quienes, para aprender nuestra lengua, como nosotros cuando queremos conocer la suya, a menudo son entregados a maestros. Dado que esto es así, me sorprende por qué quieres atribuir a los incrementos del alma que los hombres hablen; pero no que caminen sobre una cuerda. E. No sé cómo confundes estas cosas: pues quien para aprender nuestra lengua se entrega a un maestro, conoce otra suya, que creo que aprendió porque su alma creció; pero cuando aprende una ajena, no lo atribuyo a un alma más amplia, sino al arte. A. ¿Qué si aquel que nació y fue criado entre mudos, tarde y ya joven, al encontrarse con otros hombres, hubiera aprendido a hablar, sin conocer otra lengua? ¿creerías que su alma creció en el momento en que aprendió a hablar? E. Nunca me atrevería a decir eso; y ya cedo a la razón, ni creo que el hablar sea un argumento de un alma más amplia, para no verme obligado a admitir que todas las demás artes fueron conseguidas por el alma al crecer: pues si lo dijera, seguiría el absurdo de que el alma decrece cuando se olvida de algo.

CAPÍTULO XIX.---Cómo se dice que el alma crece o disminuye.

33. A. Entiendes bien, y para que escuches la verdad, se dice correctamente que el alma crece al aprender, y al contrario disminuye al desaprender, pero con un verbo trasladado, como mostramos antes. Sin embargo, hay que tener cuidado de que no parezca ocupar un espacio mayor de lugar cuando se dice que crece; sino que tiene una cierta mayor fuerza el más experimentado que el inexperto para actuar. Sin embargo, es de gran importancia qué tipo de cosas son las que aprende, con las que de alguna manera parece aumentar. Pues así como en el cuerpo hay tres tipos de incrementos, uno necesario, con el que se cumple la conveniencia natural en los miembros; otro superfluo, con el que al aumentar algo discrepa de los demás miembros en plena salud, por lo que a veces sucede que los hombres nacen con seis dedos, y muchas otras cosas, que cuando son excesivas más allá de la costumbre, se llaman monstruosas; el tercero nocivo, que cuando ocurre, se llama tumor; pues también así se dice que los miembros crecen, y realmente ocupan un lugar más amplio, pero con la buena salud vencida: así en el alma hay ciertos incrementos como naturales, cuando se dice que aumenta con disciplinas honestas y adecuadas para vivir bien y felizmente. Pero cuando aprendemos cosas que son más admirables que útiles; aunque a menudo son oportunas para algunas cosas, sin embargo, deben contarse entre el segundo tipo. Pues no porque un cierto flautista, como dice Varrón, deleitó tanto al pueblo que se convirtió en rey, debemos pensar que nuestra alma debe aumentarse con ese arte: porque tampoco querríamos tener dientes más grandes de lo humano, si escucháramos que alguien, por tener tales, mató a un enemigo con una mordida. El tipo nocivo es aquel de las artes, con el que se hiere la salud del alma: pues también juzgar con precisión el olor y el sabor de los alimentos, y saber de qué lago se capturó un pez, o de qué año es el vino, es una cierta pericia lamentable; y cuando el alma parece haber crecido con estas artes, que descuidada de la mente ha fluido hacia los sentidos, no debe juzgarse de otra manera que como hinchada o incluso consumida.

CAPÍTULO XX.---Si el alma sabe algo por sí misma.

34. E. Acepto eso y estoy de acuerdo, sin embargo, no dejo de preocuparme por el hecho de que el alma es ignorante de todas las cosas y bruta, como podemos ver en el niño recién nacido tanto como es posible. ¿Por qué no trajo consigo ningún arte, si es eterna? A. Planteas una cuestión grande, muy grande, y no sé si hay algo mayor, en la que nuestras opiniones se oponen tanto entre sí, que a ti te parece que el alma no trajo consigo nada, y a mí, por el contrario, que trajo consigo todas las artes; y que no es otra cosa lo que se llama aprender, que recordar y rememorar. Pero ¿ves que no es el momento adecuado para investigar si estas cosas son así? Pues ahora estamos tratando de que aparezca, si es posible, que no se la llame

pequeña o grande según los espacios de lugar; pero si su eternidad existe, la investigaremos oportunamente cuando comencemos a tratar lo que pusiste en cuarto lugar. ¿Por qué fue dada al cuerpo, tanto como es lícito tratar? Pues ¿qué tiene que ver con tal cantidad suya, si ha sido siempre o no siempre, o si será, o que ahora es ignorante y luego experta; cuando también el largo tiempo, ni siquiera a los cuerpos, como probamos antes, aporta la causa de la magnitud; y es bien sabido que la pericia puede no estar presente al crecer, y a menudo es oportuna al envejecer; y muchas otras cosas se han dicho suficientemente, creo, para demostrar que el alma no se hace más amplia con la magnitud del cuerpo que trae la edad.

CAPÍTULO XXI.---Las fuerzas en mayor edad no son un argumento de un alma creciente.

35. Por lo tanto, veamos, si te parece bien, cómo es tu otro argumento, que a través de todo el espacio del cuerpo el tacto se siente por el alma, que queremos que sea de ningún espacio. E. Permitiría ya pasar a eso, si no pensara que se debe decir algo sobre las fuerzas. ¿Qué es esto, que los cuerpos más grandes con la edad proporcionan al alma fuerzas mayores, si con ellos el alma no se hace más amplia? Pues aunque se suele pensar que la virtud es del alma, y las fuerzas del cuerpo; sin embargo, nunca se las negaría al alma, al ver que en los cuerpos inanimados no hay ninguna. Aunque ciertamente el alma no debe negarse que usa las fuerzas a través del cuerpo, así como los sentidos; sin embargo, dado que estas son funciones del ser viviente, ¿quién dudaría que pertenecen más bien al alma? Por lo tanto, cuando vemos que hay mayores fuerzas en los niños más grandes que en los infantes, y luego los adolescentes y los jóvenes superan en fuerzas día a día, hasta que nuevamente al envejecer el cuerpo disminuyen; no es un leve indicio, según me parece, de un alma que crece con el cuerpo, y luego envejece.

36. A. No es del todo absurdo lo que dices: pero yo suelo pensar que las fuerzas no están tanto en la amplitud del cuerpo y los incrementos de la edad, como en un cierto ejercicio y conformación de los miembros: tanto que para demostrártelo, te pregunto si crees que es de mayores fuerzas caminar más persistentemente y fatigarse menos que otro. E. Así lo creo. A. ¿Por qué entonces, cuando era niño, recorría mucho más camino sin cansarme, cuando me ejercitaba en caminar por el afán de cazar, que cuando adolescente me dediqué a otros estudios, que me obligaban más a sentarme; si a la edad que se añade, y con ella al alma que crece, se deben atribuir mayores fuerzas? Luego, en los mismos cuerpos de los luchadores, los entrenadores no miran la masa y magnitud, sino ciertos nudos de los brazos, y los músculos tensos, y toda la figura del cuerpo que les es congruente, y de ahí más bien recogen argumentos de fuerzas. Sin embargo, todo esto vale poco, a menos que se añada la fuerza del arte y el ejercicio. A menudo también se ha visto que hombres de gran cuerpo son superados por otros de cuerpo pequeño y corto, ya sea en mover o llevar pesos, o incluso en la misma lucha. Pues ¿quién no sabe que cualquier campeón olímpico se cansa más rápido en un viaje que algún comerciante ambulante, que podría ser derribado por un solo dedo de aquel? Por lo tanto, si también llamamos grandes no todas las fuerzas por igual, sino otras más aptas para una cosa que para otra; y si las líneas y figuras de los cuerpos valen más que las magnitudes; y si los ejercicios aportan tanto, que se ha creído muy célebremente que un hombre, levantando diariamente un ternero pequeño, logró que pudiera levantar y sostener incluso un toro sin sentir mayor carga, que se añadía poco a poco: de ninguna manera las fuerzas de mayor edad indican que el alma creció con el cuerpo.

CAPÍTULO XXII.---De dónde vienen las mayores fuerzas del cuerpo.

37. Pero si los animales más grandes tienen fuerzas mayores por el mismo hecho de ser más grandes, esa es la causa, porque por ley de la naturaleza los pesos menores ceden a los

mayores, no solo cuando se dirigen por su propio impulso a su lugar propio, como los cuerpos húmedos y terrenales al lugar medio del mismo mundo que es el más bajo, y los aéreos e ígneos hacia arriba; sino también cuando por algún artilugio o lanzamiento o impulso o repulsión, se les obliga a ir por una fuerza ajena a donde no irían por sí mismos. Pues si dejas caer desde lo alto dos piedras de diferente tamaño, aunque al mismo tiempo, la mayor llega más rápido al suelo; pero si la menor se coloca debajo de la mayor, y es inevitablemente ocupada por ella, cede ciertamente, y se lleva al suelo junto con ella. Asimismo, si la mayor se lanza desde arriba, y la menor se lanza hacia arriba en dirección contraria; cuando se encuentren, es necesario que la menor sea repelida y retroceda. Para que no pienses que esto sucede porque la menor era obligada a ir contra la naturaleza hacia lo alto, mientras que la otra se dirigía con mayor ímpetu a su lugar; haz que la mayor se lance hacia arriba, y se encuentre con la menor lanzada hacia la tierra: verás que, sin embargo, la menor es repelida y obligada a subir al cielo, pero por el mismo rebote cae en otra dirección, para que donde es libre, se lleve a las profundidades. Asimismo, si ambos no se mueven por un movimiento natural, sino lanzados por dos como si lucharan en un campo, se golpean en el espacio medio; ¿quién dudaría que la menor cedería a la mayor, en la dirección de donde ella misma y hacia donde aquella se dirigían? Dado que esto es así, es decir, dado que los pesos menores, como se ha dicho, ceden a los mayores; sin embargo, importa mucho con qué ímpetu se mueven en sí mismos: pues si con mayor ímpetu la menor, lanzada como por algún violento artilugio, se inflige a la mayor, ya sea lanzada más flojamente o ya debilitada; aunque rebote de ella, sin embargo, la retarda o incluso la empuja hacia atrás según la medida de los golpes y los pesos.

38. Con lo expuesto e interpretado, en la medida que el presente asunto lo requiere, observa ahora si las fuerzas que se dicen estar en los animales concuerdan con esta razón: pues, ¿quién niega que los cuerpos de todos los animales están dotados de su propio peso? Este peso, movido por el impulso del alma, dondequiera que se incline, tiene gran importancia por su propia magnitud. Pero el impulso del alma para mover el peso del cuerpo utiliza los nervios como si fueran máquinas de guerra: los nervios, sin embargo, se vuelven más ágiles y eficaces por la sequedad y el calor moderado; por el contrario, se aflojan y debilitan por la humedad rígida. Por eso, durante el sueño, que los médicos dicen y prueban que es frío y húmedo, los miembros se debilitan; y el esfuerzo de los que se despiertan es mucho más débil, por lo que nada es más frágil y débil que los letárgicos. Pero algunos frenéticos, a quienes la vigilia, el efecto del vino y las fiebres agudas, es decir, todo lo caliente en exceso, tensan y endurecen los nervios, es evidente que luchan con más fuerza que en plena salud y hacen muchas cosas, aunque su cuerpo esté más delgado y débil por la enfermedad. Si, por lo tanto, estas fuerzas que se llaman fuerzas se logran tanto por el impulso del alma, como por una especie de maquinaria de los nervios, y por el peso del cuerpo; la voluntad muestra el impulso, que se hace más inclinado por la esperanza o la audacia, pero se debilita por el miedo, y mucho más por la desesperación (pues en el miedo, cuando hay alguna esperanza, las fuerzas suelen aparecer más vigorosas); la maquinaria adapta una cierta configuración del cuerpo, la moderación de la salud la modifica, la industria del ejercicio la fortalece; el peso le da la masa de los miembros, que la edad y los nutrientes proporcionan, y solo los nutrientes la restauran. Aquel que prevalece igualmente en todos estos aspectos es admirable por sus fuerzas, y uno es tanto más débil que otro cuanto más le faltan estas cosas. Y sucede a menudo que, con un impulso persistente, una mejor maquinaria permite a alguien, aunque tenga un pequeño peso corporal, vencer a otro dotado de mayor masa. Y, por el contrario, a veces la masa es tan grande que, aunque se mueva con un impulso más débil, oprime sin embargo a un pequeño adversario que se esfuerza mucho más vigorosamente. Pero cuando no

es el peso del cuerpo, ni la moderación de los nervios, sino el mismo impulso, es decir, el ánimo, el que cede, de modo que el más fuerte en todo sentido es superado por el más débil, pero más audaz; no sé si debe atribuirse a las fuerzas. A menos que alguien diga que el alma tiene ciertas fuerzas propias, por las cuales se le otorga mayor audacia o confianza: cuando estas están presentes en uno y ausentes en otro, entonces se entiende cuánto el ánimo supera a su cuerpo, incluso en lo que se realiza a través del cuerpo.

39. Por lo tanto, cuando en el niño pequeño solo el impulso es completo para atraer o repeler algo; los nervios, sin embargo, son inhabilitados por la reciente y menos perfecta conformación, y por la humedad que abunda en esa edad, y por la falta de ejercicio, están débiles; el peso es tan exiguo que ni siquiera impactado por otro lo presiona gravemente, y es más adecuado para recibir molestias que para infligirlas: ¿quién, al ver que todos estos elementos que faltan han sido proporcionados por los años, y al reconocer las fuerzas dadas a través de ellos, consideraría con razón y prudencia que el alma ha crecido, que usa estas cosas cada día más amplias? Pues si alguien, al ver que un joven, a quien no ve por estar cubierto, lanza pequeñas y ligeras cañas con un arco flojo lo más lejos que puede, y no van lejos, y luego caen; y después de un tiempo, las flechas ya pesadas con hierro, animadas con plumas, lanzadas con un nervio muy tenso, buscan el cielo más lejano; y se le ha hecho creer que ambas cosas fueron hechas con el mismo esfuerzo del hombre; pensaría que ha crecido en tan poco tiempo y ha aumentado en fuerzas. ¿Qué puede decirse más absurdo que esto?

40. Además, si el alma crece, observa cuán ignorante es creer que sus incrementos se deben a las fuerzas del cuerpo; y no creerlo por la abundancia de doctrinas; cuando solo acomoda el impulso a aquellas, y posee esto solo. Pero si pensamos que el alma crece cuando se le añaden fuerzas; debe pensarse que disminuye cuando se le quitan. Sin embargo, disminuye en la vejez, disminuye en el trabajo de los estudios; y en estos tiempos las doctrinas suelen acumularse y construirse; y de ninguna manera puede algo aumentar y disminuir al mismo tiempo. Por lo tanto, no hay argumento de que el alma crezca, porque las fuerzas son mayores en la edad mayor. Se pueden decir muchas otras cosas; pero si ya estás satisfecho, pongo un límite para que pasemos a otras cosas. E. En verdad estoy convencido de que las fuerzas mayores no se deben a que el alma haya crecido: pues, para omitir otras cosas que has dicho sutilmente, ni siquiera el frenético diría que el alma crece con la locura y la enfermedad del cuerpo, cuando el mismo cuerpo disminuye, ya que nadie ignora que las fuerzas son mucho mayores en él que en el sano. Por lo tanto, me parece que todo lo que admiramos cuando encontramos fuerzas inesperadas en alguien, está en los nervios: por lo cual, te ruego, aborda ya aquello a lo que me dedico por completo: ¿por qué el alma, si no tiene la magnitud de espacio del cuerpo, siente en todas partes de este cuando es tocada?

CAPÍTULO XXIII.---Aunque el alma siente a través de todo el cuerpo, no por eso está extendida con el cuerpo. Qué es el sentido y cómo se produce la visión.

41. A. Vamos, abordemos lo que deseas, pero necesito que estés mucho más atento de lo que quizás piensas que debes estar. Por lo tanto, asegúrate de estar lo más presente posible, y respóndeme qué te parece que es este sentido que el alma utiliza a través del cuerpo: pues ya se le llama sentido por su propio nombre. E. Suelo escuchar que hay cinco sentidos, el de ver, oír, oler, gustar y tocar: no sé qué más responder. A. Esa partición es muy antigua y casi celebrada en las asambleas. Sin embargo, me gustaría que me definieras qué es el sentido en sí, para que en esa misma definición se incluyeran todos ellos, y no se entendiera nada más que no fuera sentido: pero si eso no es posible, no insisto. Pues lo que es suficiente, ciertamente puedes refutar o aprobar mi definición. E. De esta manera quizás no te falte, en la medida de mis posibilidades: pues tampoco siempre es fácil. A. Presta atención entonces:

pues creo que el sentido es que el alma no ignore lo que sufre el cuerpo. E. Me agrada esta definición. A. Entonces, mantente firme en ella como si fuera tuya, y defiéndela mientras yo la refuto un poco. E. La defenderé ciertamente, si tú ayudas; de lo contrario, ya no me agrada: pues no en vano te ha parecido que debe ser refutada. A. No te apoyes demasiado en la autoridad, especialmente en la mía que no es ninguna; y como dice Horacio, Atrévete a saber (Epíst. lib. 1, epíst. 2, v. 39): no sea que la razón no te someta antes que el miedo. E. Yo no temo en absoluto, sea cual sea el resultado: no permitirás que me equivoque. Pero ya comienza si tienes algo, no me fatigues más con dilaciones que con objeciones.

42. A. Dime entonces, ¿qué sufre tu cuerpo cuando me ves? E. Sufre ciertamente algo: pues mis ojos son partes, si no me equivoco, de mi cuerpo; que si no sufrieran nada, ¿cómo te vería? A. Pero no basta con que persuadas de que tus ojos sufren algo, a menos que también muestres que sufren. E. ¿Qué otra cosa, sino la misma visión? pues ven. Si me preguntaras qué sufre un enfermo, respondería enfermedad; qué sufre un deseoso, deseo; qué sufre un temeroso, miedo; qué sufre un gozoso, gozo. ¿Por qué entonces, al preguntar qué sufre un vidente, no respondería correctamente la misma visión? A. Pero el gozoso siente el gozo. ¿Lo negarás? E. Al contrario, estoy de acuerdo. A. Esto mismo diría de las demás perturbaciones. E. Así lo tengo. A. Pero lo que los ojos sienten, eso ven. E. De ninguna manera concedería eso: ¿quién ve el dolor, que sin embargo los ojos a menudo sienten? A. Parece que hablas de los ojos: estás bien despierto. Así que mira si, como el gozoso siente el gozo al gozar, también el vidente siente la visión al ver. E. ¿Puede ser de otra manera? A. Pero lo que el vidente siente al ver, también debe verlo necesariamente. E. No es necesario: ¿qué? si siente amor al ver, ¿acaso ve también el amor? A. Muy cauteloso y sagaz; me alegra que sea difícil engañarte. Pero ahora presta atención: ya que hemos acordado que no todo lo que los ojos sienten, ni todo lo que se siente al ver, se ve; ¿crees que al menos es cierto que todo lo que se ve se siente? E. Esto ciertamente, a menos que lo conceda, ¿cómo podría llamarse sentido lo que vemos? A. ¿Qué? ¿todo lo que sentimos, no lo sufrimos también? E. Así es. A. Por lo tanto, si todo lo que vemos, lo sentimos, y todo lo que sentimos, lo sufrimos; sufrimos todo lo que vemos. E. No me opongo. A. Entonces me sufres a mí, y yo a ti, cuando nos vemos mutuamente. E. Así lo creo, y la razón me obliga a ello.

43. A. Considera lo siguiente: pues creo que te parecería muy absurdo y estúpido si alguien afirmara que sufres algún cuerpo allí donde no está el mismo cuerpo que sufres. E. Parece absurdo, y creo que es así, como dices. A. ¿Y qué hay de eso? ¿no es evidente que mi cuerpo está en un lugar y el tuyo en otro? E. Es evidente. A. Sin embargo, tus ojos sienten mi cuerpo; y si lo sienten, ciertamente lo sufren; y no pueden sufrir allí donde no está lo que sufren; y sin embargo, no están allí donde está mi cuerpo: por lo tanto, sufren allí donde no están. E. Yo ciertamente concedí todo eso, que no concederlo parecía absurdo: pero esto último que se ha concluido de ello, es tan absurdo que prefiero pensar que concedí algo temerariamente, que aceptar que esto es verdad: pues no me atrevería a decir ni siquiera en sueños que mis ojos sienten allí donde no están. A. Entonces, observa dónde te has dormido: ¿qué se te escaparía de manera más imprudente si estuvieras tan despierto como hace un momento? E. En verdad, eso mismo lo examino y reviso cuidadosamente: sin embargo, no surge nada claro que me haga arrepentirme de haber concedido algo, a menos que tal vez sea que nuestros ojos sienten cuando vemos: pues quizás la misma visión siente. A. En efecto, así es: pues se extiende hacia afuera, y a través de los ojos se proyecta más allá para contemplar lo que vemos. De ahí que vea más bien donde está lo que ve, no desde donde surge para ver. ¿No eres tú quien ve cuando me ves? E. ¿Quién diría esto estando loco? ciertamente yo veo, pero veo emitiendo la visión a través de los ojos. A. Pero si tú ves, tú sientes; si tú sientes, tú sufres; y no puedes sufrir allí donde no estás: sin embargo, me ves allí donde yo estoy; por lo tanto, sufres allí

donde yo estoy. Pero si donde yo estoy, tú no estás; ¿cómo te atreves a decir que me ves, realmente no lo sé. E. Digo que veo con la visión extendida hacia el lugar donde estás: pero confieso que no estoy allí. Pero así como si te tocara con una vara, ciertamente te tocaría, y lo sentiría; sin embargo, no estaría allí donde te tocara: así, cuando digo que veo con la visión, aunque no esté allí, no me veo obligado a admitir que no soy yo quien ve.

44. A. Por lo tanto, no concediste nada temerariamente: pues también tus ojos pueden ser defendidos de esta manera, cuya visión es como una vara, como dices; y esa conclusión no es absurda, que tus ojos ven allí donde no están. ¿Te parece de otra manera? E. Así es como dices: pues también ahora me doy cuenta de que si vieran allí donde están, también se verían a sí mismos. A. Más correctamente dirías no, También a sí mismos; sino, Solo a sí mismos verían. Pues donde están, es decir, el lugar que ocupan, lo ocupan solos; ni la nariz está allí donde ellos, ni lo que les es cercano: de lo contrario, también estarías allí donde yo estoy; porque estamos cerca uno del otro. Dado que esto es así, si solo vieran allí donde están, no verían nada más que a sí mismos. Pero como no se ven a sí mismos, no solo nos vemos obligados a consentir que pueden ver allí donde no están; sino también que de ninguna manera pueden ver, a menos que sea donde no están. E. No hay nada que me haga dudar de esto. A. Por lo tanto, no dudas de que sufren allí donde no están. Pues donde ven, allí sienten: porque ver es sentir; y sentir es sufrir: por lo tanto, donde sienten, allí sufren. Pero ven en otro lugar que donde están: por lo tanto, sufren allí donde no están. E. Es sorprendente cuánto creo que esto es verdad.

CAPÍTULO XXIV.---Se examina la definición del sentido.

45. A. Quizás piensas correctamente. Pero responde, te lo ruego, si todo lo que conocemos a través de la visión, lo vemos. E. Así lo creo. A. ¿Crees también que todo lo que conocemos viendo, lo conocemos a través de la visión? E. También lo creo. A. ¿Por qué entonces, al ver solo humo, conocemos que hay fuego debajo, que no vemos? E. Dices la verdad: y ahora no creo que veamos todo lo que conocemos a través de la visión: pues podemos, como has enseñado, conocer algo viendo otra cosa que la visión no ha tocado. A. ¿Qué? ¿lo que sentimos a través de la visión, podemos no verlo? E. De ninguna manera. A. Entonces, sentir es una cosa, conocer es otra. E. Totalmente diferente: pues sentimos el humo, que vemos; y a partir de él conocemos que hay fuego debajo, que no vemos. A. Comprendes bien. Pero ciertamente ves cuando esto sucede, que nuestro cuerpo, es decir, los ojos, no sufren nada del fuego, sino del humo que solo ven. Pues ver es sentir; y sentir es sufrir, ya hemos acordado. E. Lo entiendo y estoy de acuerdo. A. Entonces, cuando a través de la pasión del cuerpo no se oculta algo al alma, no se llama sentido uno de los cinco mencionados; sino cuando la misma pasión no se oculta: pues ese fuego no visto, ni oído, ni olfateado, ni gustado, ni tocado por nosotros, no se oculta al alma, al ver el humo. Y cuando esto no se llama sentido, porque del fuego el cuerpo no ha sufrido nada; sin embargo, se llama conocimiento a través del sentido, porque a partir de la pasión del cuerpo, aunque sea otra, es decir, de la visión de otra cosa, se ha conjeturado y descubierto. E. Entiendo, y veo muy bien que eso concuerda y favorece aquella definición tuya, que me diste para defender como mía: pues recuerdo que el sentido fue definido por ti como cuando el alma no ignora lo que sufre el cuerpo. Por lo tanto, aquello que se ve como humo, lo llamamos sentido; pues los ojos lo han sufrido al verlo, que son partes del cuerpo y cuerpos: pero el fuego, del cual el cuerpo no ha sufrido nada, aunque haya sido conocido, no lo llamamos sentido.

46. A. Apruebo tu memoria y tu inteligencia consecuente; sin embargo, la defensa de esa definición se tambalea. E. ¿Por qué, te lo ruego? A. Porque no niegas, supongo, que el cuerpo sufre algo cuando crecemos o envejecemos: y es evidente que no lo sentimos con ningún

sentido; sin embargo, no se oculta al alma. Por lo tanto, no se oculta al alma algo que sufre el cuerpo, y sin embargo, no se llama sentido. Pues viendo cosas más grandes que alguna vez vimos más pequeñas, y viendo ancianos a quienes se sabe que fueron jóvenes y niños; conjeturamos que nuestros cuerpos también, incluso ahora mientras hablamos, sufren alguna tal mutación. Y no nos equivocamos en eso, supongo: pues es más fácil decir que me equivoco en lo que veo, que en lo que entiendo que mi cabello está creciendo ahora, o que el cuerpo cambia momento a momento. Si esa mutación es una pasión del cuerpo, que nadie niega, y ahora no se siente por nosotros, sin embargo, no se oculta al alma, porque no se nos oculta; el cuerpo sufre algo que no se oculta al alma, y sin embargo, no es sentido. Por lo tanto, esa definición, que no debía incluir nada que no fuera sentido, al incluir esto, ciertamente es defectuosa. E. No veo que me quede otra cosa que pedirte que o definas de otra manera, o corrijas esta, si puedes: pues no puedo negar que es defectuosa por esa razón que tanto apruebo. A. Es fácil corregirla, si te atreves a lo que quiero: pues lo harás, créeme, si has entendido bien dónde falla. E. ¿No es en otro lugar que donde abarca cosas ajenas? A. ¿De qué manera entonces? E. Porque lo que envejece el cuerpo, aunque en un joven, no se puede negar que sufre algo; y cuando lo sabemos, no se oculta al alma algo que sufre el cuerpo, y sin embargo, no se puede percibir con ningún sentido: pues no veo que esté envejeciendo, ni lo siento con el oído, el olfato, el gusto o el tacto. A. ¿De dónde sabes eso entonces? E. Lo deduzco con la razón. A. ¿En qué argumentos se basa tu razón? E. Que veo a otros ancianos, que eran jóvenes como yo ahora. A. ¿No es un sentido, con el que los ves, uno de los cinco? E. ¿Quién lo niega? Pero al verlos, también conjeturo que yo, aunque no lo vea, estoy envejeciendo. A. ¿Qué palabras crees que deben añadirse a esa definición para completarla; cuando no es sentido, a menos que no se oculte al alma la pasión del cuerpo, y no de tal manera que lo entienda a través de otra pasión, o de cualquier otra cosa? E. Dime eso un poco más claramente, te lo ruego.

CAPÍTULO XXV.---Cómo debe examinarse la definición.

47. A. Te complazco más fácilmente cuando te detienes que cuando te apresuras: pero asegúrate de estar completamente presente; esto será útil para lo que voy a decir. Una definición no contiene ni más ni menos que lo que se ha asumido para explicar; de lo contrario, es completamente defectuosa. Si está libre de tales defectos, se explora mediante la conversión: esto se te hará más claro con estos ejemplos. Si me preguntaras qué es un hombre, y lo definiera de esta manera, el hombre es un animal mortal; no deberías aprobar la definición solo porque se ha dicho la verdad, sino que deberías añadirle la partícula "todo", convertirla y observar si también es verdadera al ser convertida: es decir, si así como es verdad que todo hombre es un animal mortal, también sería verdad que todo animal mortal es un hombre: al encontrarlo de otra manera, desapruueba la definición por ese defecto que abarca lo ajeno; pues no solo el hombre es un animal mortal, sino también cualquier bestia. Por lo tanto, esta definición del hombre se completa cuando se añade "racional" al mortal: pues el hombre es un animal mortal racional; y así como todo hombre es un animal racional mortal, también todo animal racional mortal es un hombre. Por lo tanto, la definición anterior era defectuosa por contener más, ya que incluía a la bestia con el hombre: esta es perfecta; pues abarca a todo hombre, y nada más que al hombre. Sin embargo, al contener menos, es defectuosa si añades "gramático"; aunque todo animal racional mortal gramático sea un hombre, muchos hombres que no son gramáticos no están contenidos en esta definición: y por esto, es falsa por la primera proposición; pero cuando se convierte, es verdadera. Pues es falso que todo hombre sea un animal racional mortal gramático; pero es verdad que todo animal racional mortal gramático es un hombre. Sin embargo, cuando no es verdadera ni por la primera proposición ni por la conversión, es ciertamente más defectuosa: como estas dos,

el hombre es un animal blanco; o, el hombre es un animal cuadrúpedo. Pues si dices, todo hombre es un animal blanco; o un animal cuadrúpedo, dices falsedad; y si lo conviertes. Pero difieren entre sí en que la primera se aplica a algunos hombres; pues muchos hombres son blancos: la segunda a ninguno, ya que ningún hombre es cuadrúpedo. Esto lo habrás aprendido por ahora para explorar las definiciones, cómo se juzgan por proposición y conversión: hay muchas otras cosas de este tipo que se enseñan, llenas de palabras y oscuridades, que poco a poco, cuando parezca oportuno, intentaré que aprendas.

48. Ahora dirige tu mente a nuestra definición, y después de examinarla con más habilidad, corrígela: pues habíamos encontrado que, siendo la definición del sentido, abarcaba algo que no era sentido, y por eso no era verdadera al ser convertida. Pues tal vez es verdad que todo sentido es una pasión del cuerpo que no pasa desapercibida para el alma; así como es verdad que todo hombre es un animal mortal: pero así como es falso que todo animal mortal sea un hombre, porque también lo es la bestia; así es falso que toda pasión del cuerpo que no pasa desapercibida para el alma sea un sentido; porque ahora nos crecen las uñas, y no pasa desapercibido para el alma, pues lo sabemos; y no lo sentimos, sino que lo conocemos por conjetura. Así como a aquella definición del hombre, para que se completara, se le añadió "racional", con lo cual las bestias, que estaban incluidas, fueron excluidas, y no comprendemos nada más que al hombre y a todo hombre con tal definición; ¿no crees que también debe añadirse algo a esta, para que se separe lo que abarca ajeno, y no se entienda nada en ella sino el sentido, y todo sentido? E. Lo creo, pero no sé qué se podría añadir. A. Ciertamente, todo sentido es una pasión del cuerpo que no pasa desapercibida para el alma: pero esta enunciación no puede convertirse, debido a esa pasión del cuerpo, por la cual crece o decrece con nuestro conocimiento, es decir, para que no pase desapercibida para el alma. E. Así es. A. ¿Qué? ¿Esta pasión no pasa desapercibida para el alma por sí misma, o por otra cosa? E. Claramente por otra cosa: pues es una cosa ver las uñas más grandes, y otra saber que crecen. A. Entonces, como crecer es una pasión que no tocamos con ningún sentido, pero esa magnitud que sentimos se produce por la misma pasión, no es la pasión misma; es evidente que conocemos tal pasión no por sí misma, sino por otra cosa. Si, por lo tanto, no pasara desapercibida para el alma por otra cosa, ¿no se sentiría más bien que se conjeturaría? E. Entiendo. A. ¿Por qué entonces dudas de qué debe añadirse a esa definición? E. Ya veo que debe definirse de tal manera que el sentido sea una pasión del cuerpo que no pasa desapercibida para el alma por sí misma: pues todo sentido es esto, y todo esto, creo, es sentido.

49. A. Si esto es así, confieso que la definición es perfecta. Pero probémosla, si te parece, para ver si no vacila por ese segundo defecto, como aquella del hombre a la que se añadió "gramático". Pues debes recordar que se dijo que el hombre es un animal racional mortal gramático; y que esa definición peca porque es verdadera al ser convertida, aunque es falsa en la primera enunciación. Pues es falso que todo hombre sea un animal racional mortal gramático, aunque es verdad que todo animal racional mortal gramático es un hombre. Por lo tanto, esta definición es defectuosa porque no abarca nada más que al hombre, pero no a todo hombre: y esta tal vez es tal, de la que nos gloriamos como perfecta. Aunque toda pasión del cuerpo que no pasa desapercibida para el alma sea un sentido, no todo sentido es eso. Lo cual puedes entender así; las bestias ciertamente sienten, y casi todas tienen esos cinco sentidos, tanto como la naturaleza les ha concedido a cada una. ¿O negarás eso? E. Nada menos.

CAPÍTULO XXVI.---¿Ciencia y razón en las bestias?

A. ¿Qué? ¿No concedes que no hay ciencia a menos que algo se perciba y conozca con razón firme? E. Lo concedo. A. Pero la bestia no usa la razón. E. Y esto lo concedo. A. Por lo tanto,

la ciencia no recae en la bestia. Sin embargo, cuando algo no pasa desapercibido, ciertamente se sabe; por lo tanto, las bestias no sienten, si todo sentido es cuando una pasión del cuerpo no pasa desapercibida para el alma: pero sienten, como se concedió hace un momento: ¿por qué entonces dudamos en desaprobar esa definición que no pudo abarcar todo sentido, si el sentido de las bestias fue excluido?

50. E. Confieso que me equivoqué cuando te concedí que la ciencia es cuando algo se percibe con razón firme. Pues al preguntar esto, solo consideraba a los hombres: ya que no puedo decir que las bestias usen la razón, ni puedo negarles la ciencia. Pues el perro, creo, conocía a su amo, a quien se dice que reconoció después de veinte años (Odisea p, 291 y ss.), por no mencionar innumerables otros casos. A. Dime, te ruego, si se te proponen dos cosas, una a la que se debe llegar, otra por la cual se puede llegar; ¿cuál de ellas valoras más, y cuál prefieres? E. ¿Quién duda que es mejor aquella a la que se debe llegar? A. Entonces, cuando hay dos cosas, ciencia y razón, ¿llegamos a la razón por la ciencia, o a la ciencia por la razón? E. Ambas cosas, creo, están tan unidas entre sí que se puede llegar a una por la otra. Pues no llegaríamos a la razón misma, si no supiéramos que se debe llegar a ella. Por lo tanto, la ciencia precedió, para que llegáramos a la razón por ella. A. ¿Qué? ¿A la ciencia misma que dices preceder, se llega sin razón? E. Nunca diría eso: pues es una gran temeridad. A. Entonces, ¿por razón? E. No es así. A. ¿Entonces por temeridad? E. ¿Quién diría eso? A. ¿Por qué entonces? E. Por nada, porque la ciencia está innata en nosotros.

51. A. Me parece que has olvidado lo que acordamos antes, cuando pregunté si creías que la ciencia es cuando algo se percibe con razón firme. Pues respondiste, creo, que esta te parecía la ciencia humana: ahora dices que el hombre puede tener alguna ciencia sin haber percibido algo con razón. Pero ¿quién no ve que nada es más contrario a sí mismo que estas dos cosas: que no hay ciencia a menos que algo se perciba con razón firme; y que hay ciencia de algo no percibido con razón? Por lo tanto, deseo saber cuál de estas eliges; pues ambas no pueden ser verdaderas de ninguna manera. E. Elijo lo que dije hace un momento: pues confieso que lo anterior lo dije temerariamente. Pues ya que buscamos la verdad entre nosotros con razón, y eso se hace preguntando y respondiendo; ¿cómo podría llegar a la conclusión de la razón, a menos que se concediera algo primero? Pero ¿cómo podría concederse correctamente lo que no se conocía? Así, esa razón no encontraría en mí algo conocido, en lo que apoyarse para llevarme a lo desconocido; no aprendería nada en absoluto por ella, ni la llamaría razón en absoluto. Por lo tanto, en vano no me asientes que necesariamente hay alguna ciencia en nosotros antes de la razón, de donde la razón misma toma su comienzo. A. Te complazco, y ciertamente, como he establecido, te permitiré corregir lo que te arrepientas de haber dado: pero no abuses, te lo ruego, de esta licencia, y presta atención cuidadosamente cuando pregunto; para que las concesiones incorrectas no te hagan dudar incluso de las que se conceden correctamente. E. Continúa más bien con lo demás: pues aunque añada toda la vigilancia que pueda (pues me avergüenza cambiar de opinión tantas veces), nunca me desanimaré de resistir a esta vergüenza, y corregir mi error, especialmente con tu ayuda. Pues no se debe adoptar la obstinación porque se desee la constancia.

CAPÍTULO XXVII.---Razón y razonamiento.

52. A. Que esa constancia que has expresado te llegue lo más pronto posible. Pero ahora, estate lo más presente posible para lo que quiero. Pues te pregunto, ¿qué te parece que hay de diferencia entre razón y razonamiento? E. No puedo discernir suficientemente entre ellos. A. Entonces observa esto, si crees que la razón está siempre presente en un hombre ya adolescente, o en un hombre, o (para eliminar toda ambigüedad) en un sabio, mientras esté mentalmente sano, como la buena salud en el cuerpo, mientras esté libre de pestes y heridas;

o como caminar, sentarse, hablar, a veces presente, a veces ausente. E. Creo que la razón está siempre presente en una mente sana. A. ¿Qué hay de esto? Mientras llevamos a cabo, a través de lo que se concede y es manifiesto, ya sea preguntando a otro o conectando cosas, para llegar al conocimiento de algo; ¿te parece que nosotros o cualquier sabio lo hacemos siempre? E. No siempre: pues no siempre cualquier hombre o sabio, creo, busca algo discutiendo consigo mismo o con otro: pues quien busca, aún no ha encontrado; así que si siempre busca, nunca encuentra. Sin embargo, el sabio ya ha encontrado, para no decir otra cosa, incluso la sabiduría misma, que, cuando era necio, tal vez buscaba discutiendo o de cualquier otra manera. A. Dices correctamente: por lo tanto, quiero que entiendas que no es esa la razón, mientras se lleva a cabo a través de lo que se concede y se conoce, para llegar a algo desconocido: pues esto no está siempre, como ya hemos acordado, en una mente sana; pero la razón sí lo está siempre.

53. E. Entiendo; pero ¿a dónde va esto? A. Porque hace un momento dijiste que por eso debía asentirte que tenemos ciencia antes de la razón, porque se apoya en algo conocido mientras la razón nos lleva a lo desconocido: pero ahora hemos encontrado que no debe llamarse razón mientras esto se lleva a cabo; pues la mente sana no lo hace siempre, aunque siempre tiene razón; pero tal vez esto se llama correctamente razonamiento; para que la razón sea una especie de visión de la mente, y el razonamiento sea la búsqueda de la razón, es decir, el movimiento de esa visión a través de lo que debe ser visto. Por lo tanto, esto es necesario para buscar, aquello para ver. Así que cuando esa visión de la mente, que llamamos razón, se lanza sobre algo, lo ve, se llama ciencia: pero cuando la mente no ve, aunque dirija su visión; se llama ignorancia o desconocimiento. Pues no todo el que mira con estos ojos corporales ve; lo cual se observa fácilmente en la oscuridad. De lo cual se desprende claramente, creo, que la visión es una cosa, y la visión otra; que dos cosas en la mente llamamos razón y ciencia. A menos que algo te mueva contra esto, o creas que estas cosas no están suficientemente claras. E. Esta distinción me agrada mucho, y asiento con gusto. A. Entonces, observa ahora si crees que miramos para ver; o vemos para mirar. E. Aquí, ni siquiera un ciego dudaría de que la visión es para la visión, no la visión para la visión. A. Por lo tanto, debemos admitir que la visión es más valiosa que la visión. E. Debemos admitirlo completamente. A. Entonces, ¿te parece que las bestias son mejores o más felices que los hombres? E. Que Dios aleje una locura tan monstruosa. A. Correctamente te has horrorizado; pero tu sentencia nos obliga a eso: pues dijiste que tienen ciencia, y no tienen razón. Sin embargo, el hombre tiene razón, por la cual apenas se llega a la ciencia. Pero para conceder que se llega fácilmente; ¿de qué nos servirá la razón para pensar que debemos ser preferidos a las bestias, cuando ellas tienen ciencia, y se ha comprobado que esta es más valiosa que la razón?

CAPÍTULO XXVIII.---¿Ciencia y sentido en las bestias?

54. E. Me veo obligado a no conceder ciencia a las bestias, o a no rechazar que mercedamente me superen. Pero, por favor, explica lo que mencioné sobre el perro de Ulises, qué tipo de cosa es: pues su admiración me hizo ladrar tan inútilmente. A. ¿Qué crees que es esto, sino una cierta fuerza de sentir, no de saber? Pues muchas bestias nos superan en sentido, cuya causa no es el lugar para buscar aquí; pero Dios nos ha puesto por encima de ellas en mente, razón, ciencia. Pero ese sentido puede discernir, con la adición de la costumbre, que tiene gran fuerza, aquellas cosas que deleitan a tales almas; y tanto más fácilmente cuanto más el alma de las bestias está unida al cuerpo, cuyos son los sentidos que usa para la vida y el placer, que obtiene de ese mismo cuerpo. Sin embargo, el alma humana, a través de la razón y la ciencia, de las cuales hablamos, que son mucho más excelentes que los sentidos, se suspende del cuerpo tanto como puede, y disfruta más de la alegría interior; y cuanto más se inclina hacia los sentidos, tanto más hace al hombre semejante a la bestia. De

ahí que incluso los niños llorando, cuanto más ajenos están a la razón, tanto más fácilmente distinguen con el sentido incluso el contacto y la unión de las nodrizas, y no pueden soportar el olor de otras, con las que no ha habido costumbre.

55. Por lo tanto, aunque algo ha surgido de otra cosa, sin embargo, me detengo con gusto en ese discurso, en el que se advierte al alma que no se vierta en los sentidos más allá de lo que la necesidad obliga; sino que más bien se recoja de ellos hacia sí misma, y se renueve en Dios: lo cual es hacerse un nuevo hombre, despojándose del viejo; de lo cual no hay nada más verdadero ni más secreto contenido en las Escrituras divinas. Me gustaría decir más sobre esto, y obligarme a mí mismo, mientras te instruyo, a no hacer nada más que devolverme a mí mismo, a quien más me debo; y así hacerme amigo de Dios, como dice Horacio, un esclavo al amo. Lo cual no puede hacerse en absoluto, a menos que seamos reformados a su imagen, que nos dio para ser custodiada como algo más precioso y querido, mientras nos dio a nosotros mismos tales como no se puede anteponer nada más que él mismo. Sin embargo, esta acción me parece la más laboriosa, y nada es más parecido a la inacción; sin embargo, el alma no puede emprenderla o cumplirla, a menos que sea ayudada por aquel a quien se devuelve. Por lo tanto, el hombre debe ser reformado por su clemencia, por cuya bondad y poder fue formado.

56. Pero nos vemos obligados a volver al tema propuesto. Por lo tanto, observa si ya te ha quedado claro que las bestias no tienen ciencia, y que toda esa imagen de ciencia que admiramos es una fuerza de sentir. E. Ciertamente claro; y si hay algo que deba investigarse más diligentemente sobre esto, buscaré otra ocasión: ahora deseo saber qué concluyes de esto.

CAPÍTULO XXIX.---¿Qué diferencia hay entre ciencia y sentido?

A. ¿Qué más crees, sino que esa definición del sentido, así como antes incluía algo más que el sentido, ahora vacila por el defecto contrario, ya que no pudo incluir todo el sentido? Pues las bestias tienen sentido, y no tienen ciencia: pero lo que no pasa desapercibido se sabe; y todo lo que se sabe, ciertamente pertenece a la ciencia. De todo esto ya hemos acordado entre nosotros. Por lo tanto, o no es verdad que el sentido sea una pasión del cuerpo que no pasa desapercibida para el alma; o las bestias carecen de ello, porque carecen de ciencia: pero concedemos sentido a las bestias: por lo tanto, esa definición es defectuosa. E. Confieso que no encuentro nada con lo que resistir.

57. A. Recibe otro ejemplo que nos haga sentir más vergüenza de esta definición. Pues recuerdas, creo, el tercer defecto de la definición que te mostré, el cual es absolutamente el más vergonzoso; cuando no es verdadero desde ningún lado, como esa definición del hombre: el hombre es un animal cuadrúpedo. Porque si alguien dice y afirma que todo hombre es un animal cuadrúpedo, o que todo animal cuadrúpedo es hombre, ciertamente está loco, a menos que esté bromeando. E. Dices la verdad. A. ¿Qué? Si también en este defecto se encuentra nuestra definición, ¿crees que hay algo más que deba ser rechazado y eliminado del alma? E. ¿Quién lo negaría? Pero no quisiera, si es posible, ser retenido aquí tanto tiempo y ser agitado con preguntas. A. No hay nada que temer, pues el asunto ya está resuelto: ¿o aún no estás convencido de que, cuando se trataba de la diferencia entre las fieras y los hombres, sentir es una cosa y saber es otra? E. Al contrario, estoy muy convencido. A. Entonces, el sentido es una cosa y la ciencia es otra. E. Así es. A. Pero no sentimos con la razón, sino con la vista, el oído, el olfato, el gusto o el tacto. E. Estoy de acuerdo. A. Y todo lo que sabemos, lo sabemos por la razón: por lo tanto, ningún sentido es ciencia. Pero todo lo que no está oculto pertenece

a la ciencia: por lo tanto, no pertenece a ningún sentido no estar oculto, así como no se puede decir correctamente que ningún hombre es cuadrúpedo. Por lo tanto, nuestra definición, que fue adoptada por ti, no solo ha invadido términos ajenos y no ha dejado nada de su propio derecho, sino que se ha demostrado que no tiene nada propio y ha ocupado todo lo ajeno. E. ¿Qué haremos entonces? ¿Permitirás que se retire del juicio de esta manera? Aunque yo le haya brindado la defensa que pude, tú sin embargo compusiste la fórmula del litigio que nos engañó. Y aunque no pude ganar, estuve presente de buena fe, lo cual es suficiente para mí: pero si se te acusa de prevaricación, ¿qué harás, tú que la presentaste para que discutiera audazmente y la atacaste para que se retirara vergonzosamente? A. ¿Acaso hay aquí algún juez del que debemos temer tú o yo? Yo, como consultor jurídico privado, quise refutarte para instruirte, para que cuando llegues al juicio, estés preparado.

58. E. ¿Hay algo que puedas presentar en defensa de esa definición que me encargaste defender y proteger temerariamente, siendo yo tan débil? A. Ciertamente lo hay.

CAPÍTULO XXX.---El alma que siente en todo el cuerpo no por eso está difundida por todo el cuerpo.

E. ¿Qué es eso, te lo ruego? A. Porque aunque el sentido es una cosa y la ciencia es otra, el no estar oculto es común a ambos; así como al hombre mismo y a la bestia, aunque difieran mucho, les es común ser animales. Pues nada que se manifieste al alma está oculto, ya sea por la disposición del cuerpo o por la pureza de la inteligencia; y el primero lo reclama el sentido, y el segundo la ciencia. E. ¿Entonces esa definición permanece segura y probada? A. En verdad, permanece. E. ¿Dónde, entonces, fui engañado? A. Cuando pregunté si todo lo que no está oculto es conocido: pues tú, temerariamente, asentiste a esta pregunta. E. ¿Qué querías que dijera? A. Que no es ciencia inmediatamente si algo no está oculto, sino si no está oculto por la razón: pero cuando no está oculto por el cuerpo, se llama sentido, si la pasión del cuerpo no está oculta por sí misma. ¿Acaso ignoras que a algunos filósofos muy agudos les ha parecido que ni siquiera lo que se comprende con la mente puede aspirar al nombre de ciencia, a menos que la comprensión sea tan firme que la mente no pueda ser apartada de ella por ninguna razón?

59. E. Acepto esto con mucho gusto: pero te ruego que, ya que se ha explicado con la mayor sutileza posible qué es el sentido, volvamos a la cuestión por la cual emprendimos esta explicación. Pues había presentado un argumento para probar que el alma es tan grande como su cuerpo, ya que siente al tocar desde la cabeza hasta el extremo del dedo del pie, por dondequiera que se toque; y de ahí fuimos llevados a una definición del sentido llena de demoras, pero quizás necesaria. Así que, si te place, muestra ahora el fruto de tan gran obra. A. En verdad hay uno, y muy abundante; pues todo lo que buscábamos se ha logrado. Si el sentido es la pasión del cuerpo que no está oculta al alma por sí misma, lo cual discutimos más tiempo del que quisieras para retenerlo firmemente; ¿recuerdas que finalmente descubrimos que los ojos sienten donde no están, o más bien, que padecen allí? E. Lo recuerdo. A. También concediste, si no me equivoco, y ahora no dudas que debiste conceder, que el alma es mucho mejor y más poderosa que todo el cuerpo. E. Considero impío dudar de esto. A. Vamos, si el cuerpo puede padecer algo donde no está, debido a cierta contemperación con el alma, lo cual se encontró que ocurre con los ojos al ver; ¿acaso pensamos que el alma es tan densa y perezosa, por la cual los mismos ojos pueden tanto, que le pase desapercibida la pasión del cuerpo, si no yace donde ocurre la pasión misma?

60. E. Esta conclusión me conmueve mucho, tanto que estoy completamente asombrado, y no solo no sé qué responder, sino que no sé en absoluto dónde estoy. ¿Qué diré? ¿Que no es

sentido cuando la pasión del cuerpo no está oculta al alma? ¿Qué será entonces, si esto no lo es? ¿Que los ojos no padecen nada cuando vemos? Es lo más absurdo. ¿Que padecen donde están? Pero no se ven a sí mismos, ni hay nada donde están, excepto ellos mismos. ¿Que el alma no es más poderosa que los ojos, siendo la misma su potencia? Nada es más demente. ¿O se debe decir que es más poderoso padecer donde algo está, que donde no está? Pero si esto fuera verdad, la vista no sería superior a los demás sentidos. A. ¿Qué pasa con el hecho de que cuando los ojos padecen un golpe, o una incisión, o una perturbación de humor donde están; y esto no está oculto al alma, y esta pasión se llama tacto: y sin embargo, los ojos podrían padecer tales cosas incluso en un cuerpo sin vida, aunque faltara el alma, a la que la pasión no estaría oculta; pero aquello que el ojo no puede padecer sin la presencia del alma, es decir, lo que padece al ver, solo lo padece donde no está? ¿De lo cual, quién no ve que el alma no está contenida en ningún lugar? Pues el ojo, que es cuerpo, solo padece fuera de su lugar aquello que nunca padecería sin el alma.

61. E. ¿Qué debo hacer, te lo ruego? ¿No pueden estas razones demostrar que nuestras almas no están en los cuerpos? Y si es así, ¿no sé dónde estoy? ¿Quién me arrebató lo que yo mismo soy, el alma? A. No te perturbes, y más bien ten buen ánimo. Pues esta reflexión y consideración nos invita a nosotros mismos, y en cuanto es posible, nos aparta del cuerpo. Pero lo que te ha parecido, que el alma no está en el cuerpo de un ser viviente, aunque parezca absurdo, no ha carecido de hombres muy doctos a quienes les ha parecido así, ni creo que falten ahora: pero, como tú mismo entiendes, es un asunto muy sutil, y para discernirlo, la agudeza de la mente debe ser suficientemente purificada. Ahora presta atención más bien a lo que puedas presentar para demostrar que el alma es larga o ancha, o algo por el estilo: pues tu argumento sobre el sentido del tacto, sientes que no alcanza la verdad, ni tiene fuerza para demostrar que está difundida por todo el cuerpo como la sangre: o si ya no tienes nada que presentar, veamos qué queda.

CAPÍTULO XXXI.---Las partes de un gusano cortado se mueven. Si es un argumento de que el alma está extendida por todo el cuerpo.

62. E. No tendría nada, tal vez, si no recordara cuánto nos solíamos maravillar de niños al ver las colas de las lagartijas palpitando, amputadas del resto del cuerpo; de ninguna manera puedo persuadirme de que ese movimiento ocurra sin alma: ni entiendo cómo puede ser que no haya espacio para el alma, cuando incluso puede ser cortada con el cuerpo. A. Podría responder que el aire y el fuego, que son los dos elementos que se mantienen en el cuerpo terrenal y húmedo por la presencia del alma, para que se forme una con-temperación de los cuatro, al escapar hacia lo alto tras la partida del alma, mueven esos pequeños cuerpos con más ímpetu cuanto más reciente es la herida; luego el movimiento se debilita, y finalmente cesa, a medida que lo que escapa es cada vez menos, hasta que todo se evapora. Pero me detiene el hecho de que he visto con estos ojos algo casi increíblemente tarde; pero ciertamente no más tarde de lo que debía. Pues cuando recientemente estábamos en el campo de Liguria, aquellos jóvenes que estaban conmigo por el bien de sus estudios, notaron en el suelo, en un lugar sombreado, un pequeño animal reptante con muchos pies, un largo gusano, conocido vulgarmente, pero nunca había experimentado lo que voy a contar. Uno de ellos, con un estilete que tenía, golpeó al animal en el medio: entonces ambas partes del cuerpo se separaron de la herida en direcciones opuestas, con tanta rapidez de pies y no menos vigor, como si fueran dos animales de este tipo. Asombrados por este prodigio y curiosos por la causa, nos trajeron vivas las partes a donde estábamos sentados Alypius y yo. Y nosotros, no menos conmovidos, veíamos cómo se movían por la mesa en todas direcciones: y una de ellas, al ser tocada con el estilete, se retorció hacia el lugar del dolor, mientras la otra no sentía nada y continuaba sus movimientos en otro lugar. ¿Qué más? Probamos hasta dónde

llegaba esto; y cortamos el gusano, o más bien ya gusanos, en muchas partes: todas se movían, de modo que si no lo hubiéramos hecho nosotros, y no se vieran las heridas recientes, creeríamos que cada uno había nacido por separado y vivía por sí mismo.

63. Pero entonces, lo que les dije a esos jóvenes, cuando me miraban atentos, ahora temo decírtelo a ti: pues ya hemos avanzado tanto, que si no te respondo de otra manera, lo que vale probablemente para mi causa, parecerá que nuestra gran intención, fortificada por tan largo discurso, ha sucumbido ante un solo gusano. Sin embargo, les había aconsejado que siguieran su curso en los estudios, como habían comenzado; así llegarían más oportunamente algún día a buscar y aprender estas cosas, si la situación lo requería. Pero si quisiera exponer lo que discutí con Alypius después de que ellos se fueron, cuando cada uno de nosotros recordaba, conjeturaba y buscaba según su capacidad, tendríamos que decir mucho más de lo que se ha dicho con tantas vueltas y rodeos desde el principio: sin embargo, no te ocultaré lo que pienso. Si entonces no hubiera sabido ya muchas cosas sobre el cuerpo, sobre la forma que está en el cuerpo, sobre el lugar, el tiempo, el movimiento, que se discuten de manera muy sutil y profunda por esta misma cuestión; me inclinaría a dar la palma a aquellos que dicen que el alma es cuerpo. Por lo tanto, te aconsejo, en la medida de mis posibilidades, que no te precipites temerariamente en libros o en disputas de hombres muy habladores y demasiado crédulos de estos sentidos del cuerpo, hasta que corrijas y fortalezcas los pasos que conducen al alma hasta Dios mismo, para que no te apartes más fácilmente de esa morada secreta y tranquila de la mente, de la cual ahora, mientras habita aquí, está peregrina, por estudios y trabajos que por inercia y pereza.

64. Ahora bien, acepta contra aquello que, según siento, te ha conmovido mucho, no lo que es más robusto de entre muchas cosas, sino lo que es más breve; ni lo que me parece más probable que las demás, sino lo que he podido elegir más apropiadamente para ti. E. Dime, te lo ruego, lo más rápido que puedas. A. Primero digo que, si en el peor de los casos la causa permanece oculta, por qué ocurren esas cosas en la división de ciertos cuerpos, no debemos perturbarnos tanto por esto solo, como para considerar falsas tantas cosas que antes te parecieron más claras que la luz. Pues puede ser que la causa de esto nos sea oculta, ya sea porque está oculta a la naturaleza humana; o porque es conocida por algún hombre, y no podemos preguntarle; o incluso porque somos de tal ingenio que, al ser preguntado, no puede satisfacernos. ¿Acaso debemos permitir que cualquier cosa que hayamos aprendido firmemente y confesado como verdadera desde el lado contrario, se nos escape y nos sea arrebatada por esto? Pero si aquellas cosas permanecen intactas, que al ser preguntado respondiste que eran ciertas e indudables; no hay razón para temer puerilmente a ese gusano, aunque no podamos presentar la causa de su vivacidad y multiplicidad. Pues si te consta de alguien con certeza fija e inamovible que es un hombre bueno, y lo encontraras en un banquete de ladrones a quienes persigues, y por alguna casualidad, antes de que puedas interrogarlo, muriera; ¿no pensarías en cualquier causa de su unión y banquete con los malvados, aunque siempre te fuera desconocida, antes que en su crimen y sociedad? ¿Por qué, entonces, no, cuando por tantos argumentos presentados anteriormente, y firmemente aprobados por ti, se te ha demostrado claramente que el alma no está contenida en un lugar, y por ello no tiene ninguna cantidad tal como la que vemos en los cuerpos, sospechas que hay alguna causa por la cual algún animal cortado vive en todas sus partes; pero no que el alma haya podido ser cortada con el cuerpo? Si no podemos encontrarla, ¿no debe buscarse la verdadera causa, en lugar de creer la falsa?

CAPÍTULO XXXII.---El cuerpo cortado no corta el alma. Las partes del cuerpo cortado pueden vivir, aunque el alma no esté cortada. A continuación, sobre la cantidad del alma, en razón de su virtud y potencia.

65. Luego pregunto, ¿crees que en nuestras palabras hay una diferencia entre el sonido mismo y lo que el sonido significa? E. Yo creo que ambos son lo mismo. A. Dime entonces, ¿de dónde procede el sonido mismo cuando hablas? E. ¿Quién duda que procede de mí? A. Entonces, ¿el sol procede de ti cuando nombras al sol? E. Me preguntaste sobre el sonido, no sobre la cosa misma. A. Entonces, el sonido es una cosa, y la cosa que significa el sonido es otra: pero tú dijiste que ambos eran lo mismo. E. Vamos, ya concedo que el sonido que significa es una cosa, y la cosa que se significa es otra. A. Dime, ¿podrías, siendo conocedor de la lengua latina, nombrar al sol al hablar, si la noción del sol no precediera al sonido? E. De ninguna manera podría. A. ¿Qué? Antes de que el nombre mismo salga de tu boca, si queriendo pronunciarlo te mantienes en silencio por un tiempo; ¿no permanece en tu pensamiento lo que será escuchado por otro cuando pronuncies la voz? E. Es evidente. A. ¿Qué? Cuando el mismo sol es de tal magnitud, ¿acaso esa noción de él, que mantienes en tu pensamiento antes de la voz, o cuando la voz se expresa, te parece larga o ancha, o algo por el estilo? E. De ninguna manera.

66. A. Vamos, dime ahora: cuando el nombre mismo sale de tu boca, y yo al escucharlo pienso en el sol, que tú pensaste antes de la voz y con la misma voz, y ahora tal vez ambos pensamos; ¿no te parece que el nombre mismo ha recibido de ti la significación que llevará a mis oídos? E. Me parece. A. Entonces, ya que el nombre mismo consta de sonido y significación, y el sonido llega a los oídos, y la significación a la mente; ¿no crees que en el nombre, como en algún ser animado, el sonido es el cuerpo, y la significación es como el alma del sonido? E. Nada me parece más similar. A. Ahora observa si el sonido del nombre puede dividirse en letras, mientras que su alma, es decir, la significación, no puede. Pues es lo que antes respondiste que no te parecía ni larga ni ancha en nuestro pensamiento. E. Estoy completamente de acuerdo. A. ¿Qué, cuando el sonido mismo se divide en letras, te parece que retiene esa significación? E. ¿Cómo pueden las letras individuales significar lo que el nombre que se compone de ellas significa? A. Pero cuando, perdida la significación, el sonido se descompone en letras; ¿no crees que ha ocurrido otra cosa que la separación del alma del cuerpo, y como una especie de muerte del nombre? E. No solo estoy de acuerdo, sino que tan gustosamente, que nada me ha deleitado más en este discurso.

67. A. Si, por lo tanto, has comprendido suficientemente en esta similitud cómo puede ser que el cuerpo cortado no corte el alma; ahora acepta cómo las partes mismas del cuerpo, aunque el alma no esté cortada, pueden vivir. Pues ya has concedido, y correctamente, creo, que la significación, que es como el alma del sonido, mientras se pronuncia el nombre, no puede dividirse por sí misma de ninguna manera, mientras que el sonido mismo, que es como su cuerpo, puede. Pero en el nombre del sol, la división del sonido fue tal que ninguna parte de él retuvo alguna significación. Así que considerábamos esas letras, con el cuerpo del nombre desgarrado, como miembros inanimados, es decir, carentes de significación. Por lo tanto, si encontramos algún nombre que, dividido, pueda significar algo incluso en sus partes individuales; debes conceder que no ha ocurrido una muerte completa con tal separación, cuando te parezcan miembros considerados por separado que significan algo y, por lo tanto, como si estuvieran vivos. E. Concederé completamente, y ya te insto a que lo digas. A. Escucha: pues mientras atiendo a la vecindad del sol, del cual hablamos antes, me viene a la mente Lucifer; que ciertamente, cortado entre la segunda y tercera sílaba, significa algo con la parte anterior, cuando decimos, Luci, y por eso vive en este cuerpo más que medio del nombre. La parte extrema también tiene alma: pues cuando se te ordena llevar algo, escuchas esto. ¿Cómo podrías obedecer si alguien te dijera, Fer el libro, si Fer no significara nada? Lo cual, cuando se añade a Luci, suena Lucifer, y significa estrella; pero cuando se quita, significa algo, y por eso retiene como una vida.

68. Sin embargo, hay un lugar y un tiempo en los que todo lo que se percibe está ocupado, o más bien, que ocupan; lo que percibimos con los ojos, a través del lugar; lo que percibimos con los oídos, se divide a través del tiempo. Así como aquel gusano ocupaba más espacio en su totalidad que una parte de él; de igual manera, ocupa más tiempo cuando se dice "Lucifer" que si solo se dijera "Luci". Por lo tanto, si esto vive en su significado en esa disminución de tiempo, que se produce al dividir el sonido, cuando el significado no está dividido (pues no se extendía a través del tiempo, sino el sonido); así se debe considerar, que al cortar el cuerpo del gusano, aunque en un lugar más pequeño la parte vivía por el hecho de ser parte, no se dividía completamente el alma, ni se hacía menor en un lugar más pequeño, aunque los miembros de todo el ser animado ocuparan simultáneamente un lugar mayor. Pues no era el lugar lo que ocupaba, sino el cuerpo que era movido por ella: así como ese significado, no extendido a través del tiempo, poseía todas las letras de su nombre, sus pausas y tiempos, como si las hubiera animado y completado. Te pido que te contentes con esta similitud, que siento que te ha deleitado. Sin embargo, no esperes que se discuta con la máxima sutileza sobre esto, de manera que no se satisfaga con similitudes que a menudo engañan, sino con las cosas mismas: pues este discurso tan largo debe concluirse, y el alma debe ser preparada con muchas otras cosas que te faltan para poder entender con claridad si lo que dicen algunos hombres muy doctos es cierto, que el alma no puede dividirse por sí misma de ninguna manera, pero sí a través del cuerpo.

69. Ahora recibe de mí, si lo deseas, o más bien reconoce a través de mí, cuán grande es el alma no por el espacio del lugar y del tiempo, sino por su fuerza y poder: pues así, si recuerdas, ya hace tiempo que lo hemos propuesto y distribuido. Sobre el número de almas, no sé qué responderte, ya que has pensado que esto pertenece a esta cuestión: más bien diría que no debe buscarse en absoluto, o ciertamente diferirse ahora, que el número y la multitud no pertenecen a la cantidad, o que una cuestión tan complicada pueda ser resuelta por mí ahora para ti. Pues si dijera que hay una sola alma, te perturbarías, porque en uno es bienaventurada, en otro es miserable; y una cosa no puede ser simultáneamente bienaventurada y miserable. Si dijera que es una y muchas al mismo tiempo, te reirías; y no tengo fácilmente de dónde reprimir tu risa. Si dijera que son muchas solamente, me reiría de mí mismo, y me soportaría menos desagradable para mí mismo que para ti. Escucha, pues, lo que prometo que puedes escuchar bien de mí; lo que es oneroso para ambos, o para uno de nosotros, de tal manera que quizás nos oprima, no quieras asumirlo o imponerlo. E. Cedo completamente, y lo que te parece que puede ser tratado adecuadamente conmigo, espero que expongas cuán poderosa es el alma.

CAPÍTULO XXXIII.---La fuerza del alma en el cuerpo, en sí misma, y ante Dios, establece siete grados de su magnitud.

Primer grado del alma.

70. A. ¡Oh, si pudiéramos preguntar a alguien muy docto, y no solo eso, sino también elocuente, y en todo sabio, un hombre perfecto sobre esto! ¿De qué manera explicaría él, hablando y discutiendo, qué puede el alma en el cuerpo, qué en sí misma, qué ante Dios, a quien está purísima y próxima, y en quien tiene su bien supremo y total? Pero ahora, ya que me falta otro para esta tarea, me atrevo, sin embargo, a no faltarte: pero esto es una recompensa, que mientras, siendo ignorante, expongo qué puede el alma; seguro experimento qué puedo yo mismo. Sin embargo, en primer lugar, te corto una expectativa muy amplia e infinita, para que no pienses que voy a hablar de toda alma, sino solo de la humana, que es la

única que debemos cuidar, si nos preocupamos por nosotros mismos. Esta, pues, en primer lugar, como cualquiera puede fácilmente observar, vivifica este cuerpo terrenal y mortal con su presencia; lo reúne en uno, y lo mantiene en uno, no permitiendo que se disuelva y se desintegre; hace que los alimentos se distribuyan equitativamente a través de los miembros, devolviendo a cada uno lo suyo; conserva su congruencia y medida, no solo en belleza, sino también en crecimiento y generación. Pero estas cosas también pueden parecer comunes al hombre con los árboles: pues también decimos que viven, y vemos y confesamos que cada uno de ellos se conserva en su propio género, se alimenta, crece, y genera.

Segundo grado del alma.

71. Sube, pues, al segundo grado, y observa qué puede el alma en los sentidos, donde se entiende una vida más evidente y manifiesta. No debe escucharse una cierta impiedad, claramente rústica, y más de madera que los mismos árboles que defiende, que cree que la vida siente dolor cuando se le arranca la uva, y no solo siente cuando se le corta, sino que también ve y oye: sobre este error sacrílego hay otro lugar para discutir. Ahora, lo que había comenzado, atiende cuál es la fuerza del alma en los sentidos, y en el mismo movimiento del ser animado más manifiesto, con los cuales no podemos tener ninguna comunión con aquellos que están fijados por raíces. El alma se extiende en el tacto, y con él siente y discierne lo caliente, lo frío, lo áspero, lo suave, lo duro, lo blando, lo liso, lo pesado. Luego juzga innumerables diferencias de sabores, olores, sonidos, formas, probando, oliendo, oyendo y viendo. Y en todas estas cosas, lo que es según la naturaleza de su cuerpo, lo adopta y lo desea; rechaza y huye de lo contrario. Se aleja de estos sentidos en ciertos intervalos de tiempo, y reparando sus movimientos como en ciertas vacaciones, las imágenes de las cosas que ha absorbido a través de ellos, las revisa consigo misma en multitud y variedad, y todo esto es el sueño y los sueños. A menudo también se deleita en moverse y vagar con facilidad de movimiento, y sin esfuerzo ordena la concordia de los miembros; por la unión de los sexos hace lo que puede, y en la doble naturaleza, en sociedad y amor, busca la unidad. Conspira no solo para engendrar, sino también para cuidar, proteger y alimentar a las crías. Se entrelaza con las cosas entre las cuales actúa el cuerpo, y con las que sostiene el cuerpo, por costumbre, y se separa de ellas como de miembros con dificultad: la fuerza de esta costumbre, incluso con la separación de las cosas mismas y el intervalo de tiempo no rota, se llama memoria. Pero nadie niega que el alma puede hacer todas estas cosas también en los animales.

Tercer grado del alma.

72. Por lo tanto, elévate al tercer grado, que ya es propio del hombre, y considera la memoria no de las cosas arraigadas por costumbre, sino de las cosas innumerables retenidas y recomendadas por la observación y los signos, tantas artes de los artesanos, el cultivo de los campos, las construcciones de ciudades, los diversos edificios y las maravillas de las obras; las invenciones de tantos signos en las letras, en las palabras, en los gestos, en cualquier tipo de sonido, en las pinturas y figuras; tantas lenguas de las naciones, tantas instituciones, tantas nuevas, tantas restauradas; tal cantidad de libros, y de cualquier tipo de monumentos para preservar la memoria, y tal cuidado de la posteridad; los órdenes de oficios, poderes, honores y dignidades, ya sea en las familias, en el hogar y en el ejército en la república, ya sea en los aparatos profanos o sagrados; la fuerza de razonar y concebir, los ríos de elocuencia, las variedades de poemas, las mil formas de simulaciones para jugar y bromear, la habilidad de modular, la sutileza de medir, la disciplina de contar, la conjetura de lo pasado y lo futuro a partir de lo presente. Estas son grandes y completamente humanas. Pero aún así, esta abundancia es común en parte a las almas doctas e indoctas, en parte a las buenas y malas.

Cuarto grado del alma.

73. Mira, pues, y salta al cuarto grado, desde el cual comienza la bondad, y toda verdadera alabanza. Desde aquí, el alma se atreve a anteponerse no solo a su propio cuerpo, si actúa como parte del universo, sino también al cuerpo entero del universo, y no considera sus bienes como sus propios bienes, y al compararlos con su poder y belleza, los discierne y desprecia: y de allí, cuanto más se deleita, más se aparta de las impurezas, y se purifica y se hace completamente limpia y ordenada; se fortalece contra todo lo que intenta desviarla de su propósito y decisión; valora en gran medida la sociedad humana, y no quiere nada para otro que no quiera para sí misma; sigue la autoridad y los preceptos de los sabios, y a través de esto cree que Dios le habla. En esta acción tan ilustre del alma aún hay trabajo, y una gran y aguda lucha contra las molestias y seducciones de este mundo. Pues en el mismo negocio de la purificación subyace el miedo a la muerte, a veces no grande, a veces muy vehemente: no grande cuando se cree con la mayor firmeza (pues ver si esto es verdad, solo es permitido a un alma completamente purificada) que todo está gobernado por la providencia y justicia de Dios de tal manera que a nadie le puede suceder la muerte injustamente, incluso si un injusto la inflige. Sin embargo, la muerte se teme vehementemente en este grado, cuando se cree eso más débilmente cuanto más se busca ansiosamente; y por eso mismo se ve menos, cuanto menos tranquilidad hay debido al miedo, necesaria para investigar cosas muy oscuras. Luego, cuanto más siente el alma, cuanto más progresa, cuánta diferencia hay entre una pura y una contaminada; más teme que, al dejar este cuerpo, Dios pueda soportarla menos contaminada que ella misma. Sin embargo, nada es más difícil que temer la muerte, y al mismo tiempo, como lo exigen los mismos peligros, moderarse de las seducciones de este mundo. Sin embargo, el alma es tan grande que incluso esto puede, con la ayuda de la justicia del Dios supremo y verdadero, por la cual este universo es sostenido y gobernado; por la cual también se ha hecho que no solo existan todas las cosas, sino que existan de tal manera que no puedan ser de ninguna manera mejores. A quien se encomienda piadosa y seguramente para ser ayudada y perfeccionada en la obra tan difícil de su purificación.

Quinto grado del alma.

74. Cuando esto se haya logrado, es decir, cuando el alma esté libre de toda mancha y disuelta de sus impurezas, entonces se mantiene en sí misma con la mayor alegría, y no teme en absoluto por sí misma ni se angustia por ninguna causa suya. Este es, por tanto, el quinto grado: pues es una cosa lograr, otra mantener la pureza; y es una acción completamente diferente por la cual se restaura a sí misma cuando está contaminada, y otra por la cual no permite que se contamine de nuevo. En este grado, concibe de todas las maneras cuán grande es: lo cual, cuando lo ha concebido, entonces con una confianza inmensa e increíble avanza hacia Dios, es decir, hacia la misma contemplación de la verdad, y aquello por lo cual tanto se ha trabajado, la recompensa más alta y secreta.

Sexto grado del alma.

75. Pero esta acción, es decir, el deseo de entender lo que verdaderamente y sumamente es, es la visión más alta del alma, que no tiene más perfecta, mejor y más recta. Este será, por tanto, el sexto grado de acción: pues es una cosa purificar el mismo ojo del alma, para que no mire en vano y temerariamente, y vea mal; otra cosa es mantener y afirmar la salud; otra cosa es dirigir ya la mirada serena y recta hacia lo que debe ser visto. Aquellos que quieren hacer esto antes de ser purificados y sanados, son tan deslumbrados por esa luz de la verdad, que no solo no creen que haya algo bueno en ella, sino que piensan que hay mucho mal, y le niegan el nombre de verdad, y con una cierta lujuria y miserable placer huyen a sus propias tinieblas,

que su enfermedad puede soportar, maldiciendo la medicina. Por lo cual, por inspiración divina, y muy ordenadamente, se dice aquello por el Profeta: Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto en mis entrañas (Salmo 50, 12). Pues el espíritu recto es, creo, lo que hace que el alma no pueda desviarse ni errar en la búsqueda de la verdad. Que ciertamente no se renueva en ella, a menos que primero el corazón sea puro, es decir, a menos que primero el mismo pensamiento se haya contenido y purificado de toda codicia y escoria de las cosas mortales.

Séptimo grado del alma.

76. Ahora bien, en la misma visión y contemplación de la verdad, que es el séptimo y último grado del alma; y ya no un grado, sino una cierta mansión, a la que se llega por esos grados; ¿cuáles son los gozos, cuál es el disfrute del bien supremo y verdadero, qué serenidad y eternidad de aliento, qué puedo decir yo? Han dicho esto, tanto como han juzgado que debe decirse, ciertas grandes e incomparables almas, que también creemos que han visto y ven estas cosas. Sin embargo, me atrevo ahora a decirte que si mantenemos con la mayor constancia el curso que Dios nos manda, y que hemos asumido mantener, llegaremos por la Virtud de Dios y la Sabiduría a esa causa suprema, o al autor supremo, o al principio supremo de todas las cosas, o si de alguna otra manera puede llamarse más adecuadamente una cosa tan grande: al comprenderlo, verdaderamente veremos cuán vanidad de vanidades son todas las cosas bajo el sol (Eclesiastés 1, 2). Pues la vanidad es engaño, y los vanidosos se entienden como falsos, o engañadores, o ambos. Sin embargo, es posible discernir cuánto dista entre estas cosas y las que verdaderamente son; y cómo, sin embargo, todas estas cosas han sido creadas por el autor Dios, y en comparación con aquellas no son nada; pero consideradas por sí mismas, son maravillosas y hermosas. Entonces reconoceremos cuán verdaderas son las cosas que se nos han mandado creer, y cuán bien y saludablemente hemos sido nutridos en la madre Iglesia, y cuál es la utilidad de aquella leche que el apóstol Pablo proclamó haber dado a beber a los pequeños (1 Corintios 3, 2): alimento que es muy útil recibir cuando uno es nutrido por la madre; vergonzoso cuando ya es grande; lamentable rechazarlo cuando es necesario; criminal e impío despreciarlo u odiarlo alguna vez; pero tratarlo y dispensarlo adecuadamente, es pleno de alabanza y caridad. También veremos tales cambios y vicisitudes de esta naturaleza corporal, mientras sirve a las leyes divinas, que incluso la misma resurrección de la carne, que en parte se cree tardíamente, en parte no se cree en absoluto, la mantendremos tan cierta, que no será más cierto para nosotros que el sol, cuando se ponga, volverá a salir. Ahora bien, aquellos que se burlan del ejemplo de nuestra salvación y las primicias, asumido por el Hijo de Dios poderosísimo, eterno, inmutable, el mismo nacido de una virgen, y los demás milagros de esta historia, los despreciaremos como a esos niños que, cuando ven a un pintor pintando con tablas propuestas que observa; no creen que un hombre pueda ser pintado, a menos que el que pinta haya mirado otra pintura. Sin embargo, en la contemplación de la verdad hay tanto placer, por pequeña que sea la parte que cada uno pueda contemplar, tanta pureza, tanta sinceridad, tal certeza de las cosas, que ni siquiera alguien pensará que sabía algo antes, cuando creía saber; y para que el alma no se vea impedida de adherirse toda ella a la verdad, la muerte que antes se temía, es decir, la huida y escape total de este cuerpo, se deseará como el mayor don.

CAPÍTULO XXXIV.---Solo Dios es mejor que el alma, y por tanto, solo Él debe ser adorado.

77. Has escuchado cuán grande es la fuerza y el poder del alma: para resumirlo brevemente, así como se debe admitir que el alma humana no es lo que es Dios; así también se debe presumir que nada entre todas las cosas que ha creado está más cerca de Dios. Y por eso, divinamente y singularmente se enseña en la Iglesia católica, que ninguna criatura debe ser

adorada por el alma (pues prefiero hablar con las palabras con las que me han insinuado esto), sino solo el Creador de todas las cosas que son, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas; es decir, el principio inmutable, la sabiduría inmutable, la caridad inmutable, el único Dios verdadero y perfecto, que nunca no ha sido, nunca no será, nunca ha sido de otra manera, nunca será de otra manera; que nada es más secreto, nada más presente; que es difícil encontrar dónde está, más difícil dónde no está; con quien no todos pueden estar, y sin quien nadie puede estar: y si algo más increíble, sin embargo, más conveniente y apropiado podemos decir los hombres sobre Él. Por tanto, este solo Dios debe ser adorado por el alma, ni discretamente, ni confusamente. Pues cualquier cosa que el alma adore como Dios, necesariamente debe pensar que es mejor que ella misma. Sin embargo, la naturaleza del alma no debe creer que ni la tierra, ni los mares, ni las estrellas, ni la luna, ni el sol, ni nada en absoluto que pueda ser tocado, o visto con estos ojos, ni siquiera el cielo mismo que no puede ser visto por nosotros, es mejor que ella. Más bien, la razón cierta convence de que todas estas cosas son mucho peores que cualquier alma, si los verdaderos amantes se atreven a seguirla, llevándola a través de ciertas cosas inusuales, y por eso arduas, con la mayor constancia y observancia.

78. Si hay algo más en la naturaleza de las cosas aparte de aquellas que son conocidas por los sentidos, y que ocupan algún espacio, a las cuales hemos dicho que el alma humana es superior: si hay algo más de lo que Dios ha creado, hay algo inferior, algo igual: inferior, como el alma de un animal; igual, como los ángeles; pero mejor, nada. Y si alguna vez algo de esto es mejor, es por su pecado, no por su naturaleza. Sin embargo, no se vuelve tan inferior que el alma de un animal deba ser preferida o comparada con ella. Por lo tanto, solo Dios debe ser adorado, quien es su único creador. Cualquier otro hombre, aunque sea el más sabio y perfecto, o cualquier alma racional y bienaventurada, debe ser amada e imitada, y se le debe dar lo que le corresponde según su mérito y orden. Porque, "Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás" (Deut. VI, 13; Mat. IV, 10). Debemos saber que a las almas errantes y afligidas se les debe prestar ayuda, tanto como sea permitido y mandado, de tal manera que cuando esto se hace bien, entendamos que Dios actúa a través de nosotros. No reclamemos nada como propio, engañados por el deseo de vana gloria, por el cual, con un solo mal, descendemos de lo más alto a lo más bajo. No odiamos a los que están oprimidos por los vicios, sino a los mismos vicios; no a los pecadores, sino a los mismos pecados. Debemos desear ayudar a todos, incluso a aquellos que nos han herido, o desean herirnos, o ser heridos. Esta es la verdadera, perfecta y única religión, por la cual se logra la reconciliación con Dios, que pertenece a la grandeza del alma, de la cual buscamos, por la cual se hace digna de libertad: porque Él libera de todo, a quien servir es lo más útil para todos, y en cuyo servicio complacer es la libertad perfecta y única. Pero veo que casi he excedido los límites de mi propósito, y te he dicho muchas cosas sin ninguna pregunta: y no me arrepiento de ello. Porque aunque estas cosas están dispersas en tantas escrituras de la Iglesia, aunque parezca que las hemos reunido de manera adecuada, no pueden ser entendidas completamente; a menos que cada uno, actuando con fuerza en el cuarto grado de esos siete, guardando la piedad, y adquiriendo salud y fuerza para percibir las, investigue todo individualmente, con la mayor diligencia y sagacidad: porque en todos esos grados hay una belleza distinta y propia, que mejor llamamos actos.

CAPÍTULO XXXV.---Los actos del alma se llaman de diversas maneras según los siete grados mencionados.

79. Buscamos, de hecho, el poder del alma, y puede ser que haga todas estas cosas a la vez, pero parece que solo hace lo que hace con dificultad, o ciertamente con temor. Porque hace

esto con mucha más atención que las otras cosas. Por lo tanto, para aquellos que ascienden hacia arriba, el primer acto, para enseñar, se llama animación; el segundo, sentido; el tercero, arte; el cuarto, virtud; el quinto, tranquilidad; el sexto, ingreso; el séptimo, contemplación. También pueden llamarse de esta manera: del cuerpo; a través del cuerpo; alrededor del cuerpo; hacia sí misma; en sí misma; hacia Dios; con Dios. También pueden ser así: bellamente de otro; bellamente a través de otro; bellamente alrededor de otro; bellamente hacia lo bello; bellamente en lo bello; bellamente hacia la belleza; bellamente con la belleza. De todos estos, preguntará después si algo parece necesitar explicación: ahora quise señalar estos términos tantas veces, para que no te moleste cuando otros llaman a las mismas cosas con otros nombres, o las dividen de manera diferente; y por esto no desapruebes ni estas ni aquellas. Porque las mismas cosas pueden ser llamadas y divididas de innumerables maneras, de manera correcta y sutil; pero en tanta abundancia de modos, cada uno usa lo que considera adecuado.

CAPÍTULO XXXVI.---Se abordan las restantes cuestiones sobre el alma. Qué es la verdadera religión.

80. Dios, por lo tanto, supremo y verdadero, con una ley inviolable e incorrupta, por la cual gobierna todo lo que ha creado, somete el cuerpo al alma, el alma a sí mismo, y así todo a sí mismo: y no la abandona en ningún acto, ya sea de castigo o de recompensa. Porque juzgó que era lo más hermoso que todo lo que es, sea como es; y que se ordenara en grados de naturaleza, de modo que al considerar el universo, ninguna deformidad ofendiera desde ninguna parte; y que todo castigo y toda recompensa del alma siempre contribuyera algo a la proporción de la justa belleza y disposición de todas las cosas. Porque se le ha dado al alma el libre albedrío, que aquellos que intentan debilitar con razonamientos fútiles son tan ciegos que ni siquiera entienden que dicen estas mismas cosas vanas y sacrílegas por su propia voluntad. Sin embargo, el libre albedrío no se le ha dado al alma de tal manera que, al intentar cualquier cosa con él, perturbe alguna parte del orden y ley divina. Porque ha sido dado por el Señor sapientísimo e invencible de toda la creación. Pero ver estas cosas como deben ser vistas, es para pocos; y nadie se hace apto para esto sino por la verdadera religión. Porque la verdadera religión es aquella por la cual el alma se une a un solo Dios, de quien se había separado por el pecado, mediante la reconciliación. Así, une al alma en ese tercer acto, y comienza a guiarla; la purifica en el cuarto; la reforma en el quinto; la introduce en el sexto; la alimenta en el séptimo. Y esto se hace a veces más rápido, a veces más lento, según el amor y los méritos de cada uno: sin embargo, Dios hace todo con la mayor justicia, moderación y belleza, de cualquier manera que quieran comportarse aquellos de quienes hace. Ahora bien, también la consagración de los niños pequeños es una cuestión muy oscura en cuanto a cuánto beneficia, pero se debe creer que beneficia algo. La razón lo encontrará cuando deba ser investigado: aunque ya he presentado muchas otras cosas que deberías investigar en su momento, más que conocerlas. Lo cual se hará de la manera más útil, si se buscan con la guía de la piedad.

81. Siendo así las cosas, ¿quién es el que justamente se indigna de que al cuerpo se le haya dado un alma para actuar y administrar, cuando un orden tan grande y divino de las cosas no puede ser mejor conectado; o piensa que se debe preguntar cómo se hace en este cuerpo mortal y frágil, cuando ha sido justamente condenada a la muerte por el pecado, y aquí también puede sobresalir en virtud; o cómo será después de este cuerpo, cuando el castigo de la muerte debe necesariamente permanecer mientras permanezca el pecado, y Dios mismo, es decir, la verdad misma, es la recompensa para la virtud y la piedad? Por lo tanto, si ya te parece bien, terminemos alguna vez este largo discurso, y dediquémonos con la mayor vigilancia y religiosidad a cumplir los mandamientos de Dios: porque no hay otra fuga de

tantos males. Si algo de lo que he dicho es más oscuro de lo que quisieras, asegúrate de recordarlo para preguntar en otro momento más oportuno. Porque no nos faltará quien está arriba, el Maestro de todos, para aquellos que lo buscan. E. Yo, de hecho, he sido tan afectado por este discurso, que he considerado un sacrilegio interrumpirlo: y si este modo de discurso te agrada, y esas tres cuestiones que quedaban han sido vistas tan brevemente en el presente; cederé a tu juicio, y en adelante observaré no solo el tiempo debido a tus ocupaciones, sino también a mí mismo más oportuno para investigar cosas tan grandes.